

ABRIENDO CAMINOS

Marzo 2026

II

El Concilio Vaticano II

60 años después

BOLETÍN ACADÉMICO N. LVI - ISSN: 2981 - 3328



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada por MinEduación

FEBIPE

FACULTAD DE ESTUDIOS BÍBLICOS,
PASTORALES Y DE ESPIRITUALIDAD

Boletín Académico No. LVI

El Concilio Vaticano II, 60 años después

Javier Arango

Rector UNIMINUTO Sede Virtual

Marisol Acevedo

Vicerrectora Académica Sede UNIMINUTO Virtual

P. Fidel Oñoro, cjm

Decano Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

Alirio Raigozo

Director del Boletín Abriendo Caminos

P. Fidel Oñoro, cjm

Director Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano (IBPL)

Juliana Triana

Directora Programa Ciencias Bíblicas (IBPL)

P. Geovanny Colorado, cjm

Director Unidad Eudista de Espiritualidad (UEE)

Alirio Raigozo

Director Centro de Pensamiento Rafael García Herreros (CRGH)

Ivonne Méndez

Directora Centro de Evangelización Fuego Nuevo (CFN)

César Sánchez

Diseño & Diagramación

Hans Schuster

Publicación Digital

Articulist

Dr. Alirio Raigozo, Mg. Jorge Carrero, P. Fidel Oñoro, cjm , P. Wilton Sánchez, P. Geovanny Colorado, cjm, Mg. Wilson Beltrán

Corrección de estilo

Alirio Raigozo, P. Fidel Oñoro, cjm

Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

UNIMINUTO Sede Rectoría Virtual

Transversal 73A # 81 I - 19

Edificio Arturo Echeverri

Barrio Minuto de Dios

Teléfono: 2916520. Ext: 6162

Bogotá, D.C. Colombia

Contenido

Editorial

- 2- **Editorial: Seis décadas después del Concilio Vaticano II**
Dr. Alirio Raigozo

Artículos

- 7- **Dios en Diálogo**
P. Fidel Oñoro, cjm , P. Wilton Sánchez
- 14- **El laico como misionero en el corazón del mundo**
Mg. Jorge Carrero
- 20- **Santidad para todos: una huella de San Juan Eudes en el Concilio Vaticano II**
P. Geovanny Colorado, cjm
- 28- **La herencia viva del laicado: una reflexión teológico-pastoral desde el Concilio Vaticano II**
Mg. Wilson Beltrán
- 34- **La evangelización en la Amazonía y sus vínculos con el Concilio Vaticano II**
Dr. Alirio Raigozo

Crónica de la Facultad

- 45- Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano
- 46- Unidad Eudista de Espiritualidad
- 48- Centro de Pensamiento Rafael García Herreros
- 52- Centro de Evangelización Fuego Nuevo

Subsidio Pastoral

- 54- **Explicación de la Primera Lectura Dominical Marzo**

Editorial

Seis décadas del Concilio Vaticano II

Dr. Alirio Raigoza

Centro de Pensamiento Rafael García Herreros

El Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII e inaugurado el 11 de octubre de 1962, constituye sin duda el acontecimiento eclesial más significativo de los últimos siglos. En él la Iglesia católica emprendió una renovación profunda de su autocomprensión y de su relación con el mundo moderno, dando lugar a dieciséis documentos que llevaron a replanteamientos aspectos de la teología, en particular de la eclesiología, así como de la liturgia y la pastoral, los cuales se constituyeron en la hoja de ruta de la vida de la Iglesia católica hasta el presente.

El Concilio Vaticano II proclamó la dignidad bautismal de todo el Pueblo de Dios, abrió el diálogo con las culturas, las religiones y la ciencia, y situó a la Iglesia como “experta en humanidad” al servicio de los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de cada tiempo (GS 1).

Sesenta años después de su clausura —el 8 de diciembre de 1965—, el Vaticano II no es historia cerrada, sino fuente viva que sigue iluminando la misión evangelizadora de la Iglesia en el siglo XXI, inspirando la sinodalidad, la ecología integral, la opción preferencial por los pobres y el protagonismo de los laicos en la transformación del mundo.

En la agenda actual de la Santa Sede, la relectura y actualización de los documentos del Concilio Vaticano II ocupa un lugar prioritario. El Papa Francisco y, ahora, el Papa León XIV, a través de su magisterio, han reafirmado que el Concilio sigue siendo la brújula para navegar los desafíos del presente, e invitan a todas las Iglesias particulares a hacer un ejercicio serio y honesto de revisión de su recepción y aplicación.

¿Cuánto de la riqueza conciliar ha sido verdaderamente recibido, enraizado y aplicado en la vida de las comunidades?

Cumpliendo con su propósito de aportar en la reflexión, el Boletín Abriendo Caminos de la Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad, en su edición LVI, se suma a este ejercicio eclesial de memoria agradecida y renovación comprometida. En esta edición del Boletín, el lector encontrará las siguientes contribuciones:

Comenzamos la reflexión con un artículo titulado **Dios en Diálogo**, escrito por los padres Fidel Oñoro cjm y Wilton Sánchez. En él los autores sostienen que la Palabra de Dios no es un depósito estático, sino una realidad viva, eficaz y penetrante que actúa como un bisturí capaz de transformar profundamente al ser humano. Los autores subrayan que, en la constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, la revelación divina es presentada como un acontecimiento relacional y dialógico, donde Dios, por libre iniciativa, se da a conocer para invitar a la humanidad a una comunión salvífica. En este sentido, la Iglesia, bajo el primado de la Palabra, está llamada a eco de esta revelación mediante una escucha atenta y una misión caracterizada por la mansedumbre y el respeto, centrando toda su vida, misión y espiritualidad en el misterio de Jesucristo, Verbo hecho carne, quien es el diálogo definitivo entre Dios y los hombres.

El laico como misionero en el corazón del mundo, del Mg. Jorge Carrero (Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano). Es otro aporte del IBPL con un acento más teológico, en el que se retoma uno de los grandes aportes del Vaticano II: la redefinición del laicado no por oposición al clero sino por su vocación propia y específica. Apoyado en la Sagrada Escritura —la imagen paulina del cuerpo con muchos miembros y las parábolas del fermento y la buena semilla en Mateo 13— y en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* (n. 31), el autor muestra que el laico no es un actor pasivo ni

un colaborador ocasional, sino un sujeto activo llamado a santificar el mundo “desde dentro, a modo de fermento”. El artículo denuncia con valentía la “espiral del silencio” que empuja a muchos creyentes a recluir su fe en el ámbito privado, y propone, desde la *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco, una presencia pública culturalmente significativa, evangélicamente identificada y contagiosamente misionera, capaz de transformar la sociedad.

La santidad para todos: la visión profética de san Juan Eudes y su resonancia en el Concilio Vaticano II y el Papa Francisco, del P. Geovanny Felipe Colorado cjm (Unidad Eudista de Espiritualidad), establece un iluminador diálogo entre tres fuentes: la espiritualidad de san Juan Eudes (siglo XVII), el capítulo V de *Lumen Gentium* sobre la vocación universal a la santidad, y la exhortación *Gaudete et Exsultate* del Papa Francisco.

El artículo argumenta que la intuición eudista —“ser cristiano y ser santo es una misma cosa”— anticipa proféticamente lo que el Concilio consagraría tres siglos después. Tanto San Juan Eudes como el Vaticano II y el Papa Francisco coinciden en que la santidad no está reservada a monjes y mártires, sino que acontece en el tejido mismo de la vida cotidiana. Dios llama a todos y cada uno de sus hijos a la plenitud de la vida cristiana.

La herencia viva del laicado: una reflexión teológico-pastoral desde el Concilio Vaticano II hasta los desafíos del mundo contemporáneo, del Mg. Wilson Libardo Beltrán (Centro de Evangelización Fuego Nuevo), ofrece un itinerario teológico-pastoral que va desde las raíces bíblicas del laicado hasta los desafíos del siglo XXI. El autor traza con rigor el trayecto histórico que nos ha llevado de una Iglesia piramidal a una Iglesia de comunión, destacando cómo el Vaticano II recuperó la categoría de ‘Pueblo de Dios’ y situó al laico como sujeto activo de la misión evangelizadora.

En el recorrido del magisterio posconciliar desde el Papa Pablo VI hasta el Papa León XIV se evidencia que cada pontificado ha profundizado esta herencia culminando en la teología de la sinodalidad.

La segunda parte del artículo confronta esta herencia con los grandes desafíos contemporáneos: la pobreza y la exclusión social, la descristianización, las migraciones forzadas, el narcotráfico, la crisis ecológica y el avance de la inteligencia artificial. Ante cada uno de estos retos, el autor propone compromisos concretos de acción pastoral que hacen del laicado un fermento de esperanza en el corazón de la historia.

La evangelización en la Amazonía y sus vínculos con el Concilio Vaticano II, del Dr. Alirio Raigozo (Director del Centro de Pensamiento Rafael García Herreros), ofrece un análisis riguroso y de primera mano de la VI Asamblea General de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA), celebrada en Bogotá del 16 al 20 de marzo de 2026, a la que la FEBIPE asistió en calidad de equipo de apoyo metodológico.

El artículo recoge los clamores de tres sujetos eclesiales fundamentales: la vida religiosa, los jóvenes y los presbíteros, y los pone en diálogo con los documentos clave del Vaticano II. La tesis central es que los desafíos pastorales amazónicos —el clericalismo, la escasez de ministros, el protagonismo de la mujer, la inculturación del Evangelio, la ecología integral y el aislamiento geográfico— no son una novedad radical, sino la actualización contextual de las intuiciones más audaces del Concilio: la Iglesia-Pueblo de Dios, la opción por los pobres, la conversión pastoral y la sinodalidad. La CEAMA se revela como una de las recepciones más creativas y audaces del espíritu conciliar en América Latina. La Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad —FEBIPE— renueva en esta edición su invitación a avanzar en el camino de la formación integral. El Concilio Vaticano II no es un acontecimiento del pasado o un conjunto de textos para ser estudiado académicamente: es un llamado vivo a una Iglesia en permanente renovación, donde cada bautizado está invitado a crecer en el conocimiento de la Sagrada Escritura, en la profundidad de la vida espiritual, en la solidez del pensamiento pastoral y en el compromiso con la transformación social.



Tomado de : <https://eldoradoradio.cundinamarca.gov.co/mundo-2/una-mirada-historica-al-destino-de-los-lideres-de-la-iglesia-catolica/>



Artículos

Tomado de : https://www.freepik.es/foto-gratis/vista-superior-composicion-libros_1320542.htm#from- element=cross-selling_photo

Dios en Diálogo*

P. Fidel Oñoro, cjm

Decano Facultad de Estudios Bíblicos Pastorales y de Espiritualidad

P. Wilton Sánchez

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

“Ciertamente, la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay ante ella criatura invisible, sino que todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuenta” (Hb 4,12-13).

Este es uno de los textos más conocidos de la carta a los Hebreos, por su contundencia y pertinencia para describir el efecto de la Palabra de Dios, apelando con severidad a superar la indiferencia y avanzar decididamente en el seguimiento de Jesús. Incluso algunos consideran que haya sido parte de un antiguo himno.

En primer lugar, este texto enumera cinco cualidades de la Palabra de Dios: *zōn*, Viviente; *energhēs*, eficaz, activa, efectiva; *tomoterōs*, cortante, aguda, afilada; *diiknoúmenos*, penetrante, atraviesa hasta el fondo; *Kritikós*, escrutadora, que discierne porque separa, porque distingue en lo más profundo una cosa de la otra para ponderar lo que vale la pena y lo que no.

En segundo lugar, la imagen de la espada de dos filos, *májaira dístomos*, trae a la memoria varios textos del Antiguo Testamento:

“Hijo de hombre, profetiza y di: Esto dice el Señor Dios: Habla: Espada, espada afilada y bruñida. Ha sido afilada para decapitar, ha sido bruñida para brillar. Ha sido bruñida para ser empuñada. Ha sido afilada y bruñida para ponerla en manos del verdugo” (Ez 21,14-15). Este canto, con lenguaje barroco y colorido,

introduce al lector tan profundamente en la escena que lo hace ver la silueta de la espada en contraluz, cuando es levantada por Dios.

En el contexto del juicio inminente e imparable del Señor, el profeta Isaías afirma: “La espada del Señor está ensangrentada (gotea sangre), cebada en grasa, en sangre de corderos y machos cabríos, en grasa de entrañas de carneros, porque hay un sacrificio del Señor en Bosrá, matanza grande en la tierra de Edom” (Is 34,6).

En la actualización de la experiencia del Éxodo realizada por el libro de la sabiduría en un contexto helenista, también se usa esta imagen en manos del ángel exterminador para describir la eficacia de la Palabra de Dios: “Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde el Cielo, desde los tronos reales, como guerrero implacable, se lanzó sobre aquella tierra desolada, llevando la espada afilada de tu orden terminante” (Sb 18,15).

En fin, la espada es una imagen usada muchas otras veces en la Sagrada Escritura, incluso en el Nuevo Testamento, en donde suele evocarse como elemento de división y de juicio: “He venido a traer la espada” (Mt 10,34). Así se presenta también la profecía de Simeón en la que habla de una espada, *romfaía*, que traspasará el corazón, el alma de María (Lc 2,35)

En fin, aunque el texto de Hebreos resalta la capacidad vivificante de la Palabra de Dios para entrar en lo más profundo del ser. Aunque el contexto es de juicio, las cualidades de la Palabra la presentan, no como espada

para matar, sino como un bisturí que está hecho para curar. Este texto es citado de manera explícita por el Concilio Vaticano II, para enfatizar cómo, por medio de la Sagrada Escritura, Dios entra en diálogo con los seres humanos, de ahí su inmenso valor (DV 21).

Contexto de la *Dei Verbum*

Después de 60 años de la promulgación de la *Dei Verbum* y 16 de la Exhortación apostólica *Verbum Domini*, en la que Benedicto XVI recoge la reflexión del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, se ha respirado y vivido una atmósfera singular que paradójicamente ha llevado a la Iglesia a mirar en dos direcciones antitéticas y, sin embargo, complementarias.

Por una parte, se proyectaba hacia el mundo en evolución y, por tanto, hacia horizontes futuros, haciendo resonar una palabra que sigue siendo emocionante, “aggiornamento”. Y, por otro lado, se quería liberar del mando, un poco polvoriento, de una historia secular el corazón palpitante del Evangelio, la vitalidad de los orígenes del cristianismo, la matriz doctrinal eclesial profunda, obligando a una especie de mirada retrospectiva.

A pesar de las tensiones entre quienes miraban más hacia delante y los que se aferraban más al pasado, en medio de todo, unos y otros sentían un llamado a vivir con mayor eficacia el cristianismo.

Y es aquí donde la Palabra de Dios ha vuelto a iluminar como un rayo solar en toda la Iglesia. Su estrella polar ha sido la constitución que lleva como título significativo “Palabra de Dios” (*Dei Verbum*, en Latín).

En los primeros borradores tenía otro título, “*De Sacra Scriptura*” (La Sagrada Escritura), que era una referencia al libro. Pero se vio en el Concilio que la Palabra de Dios es una realidad más amplia, pues precede al texto de la Biblia y que también va más allá de él.

La Biblia es Palabra de Dios, sí, pero en cuanto Palabra “escrita”. No se trata de una aseveración reducti-

va; pues, si bien, la Palabra de Dios no es solamente la Biblia, tampoco se pueden comprender las otras formas de la Palabra de Dios sin este referente objetivo que es la Biblia.

La Sagrada Escritura atestigua la revelación de Dios, que primero tiene su eco en la Creación y su historia, y que se entrega, por la acción del Espíritu Santo, en la Tradición, en la cual se cumple lo que sugestivamente declaraba San Gregorio Magno en su homilía sobre Ezequiel: “*Scriptura cum legente crescit*”, (La Escritura crece con quien la lee).

Por todo esto se le dio como título: Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre “De Divina Revelatione”. Benedicto XVI enfatizó este aspecto al titular la exhortación apostólica post-sinodal: *Verbum Domini*.

La Palabra divina brilló con el Concilio de forma clara en la liturgia, en la catequesis, en la espiritualidad (*la Lectio Divina*), en la pastoral, en la teología y en la cultura.

Un efecto de esto se vio en la misma teología. Antes del Concilio, los profesores acostumbraban partir de una reflexión especulativa y recurrían a la Sagrada Escritura solo para confirmar sus tesis. A partir de entonces, los cursos suelen empezar con la escucha de la Palabra, para después abordar el magisterio y la tradición, propiciando el flujo de la reflexión. Esta novedad metodológica, que ahora es normal, fue una revolución, pero en realidad es también un retorno a las fuentes tal como lo hacían los Padres de la Iglesia, quienes no hablaban o escribían sobre la Biblia, sino que hablaban la Biblia. Así con el Concilio Vaticano II se quiso volver a poner la Palabra de Dios en el centro vital de la Iglesia.

Los tres hilos de la *Dei Verbum*

En la *Dei Verbum* se observan tres hilos conductores. El primero de ellos es el nexo entre Escritura y Tradición, que se expresa en sus capítulos I y II a través de la fórmula latina “*Verbum Dei scriptum vel traditum*” (la Palabra de Dios escrita o transmitida). Esta sección termina así: “la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritu-

ra están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9).

Fundamental y radicalmente las Sagradas Escrituras son Palabra de Dios, pero no toda la Palabra de Dios. Ellas cristalizan en el documento escrito aquella Palabra, pero no como un depósito inerte, sino como potencia de vida que se extiende en la Palabra divina que transmite la Iglesia, esto es, el “*Verbum traditum*” (Palabra transmitida), la Tradición iluminada por el “Espíritu de la Verdad” que Jesucristo prometió (Jn 16,13).

La *Dei Verbum* describe también el Magisterio que, sostenido por el Espíritu Santo, “evidentemente, no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer” (DV 10).

En síntesis, Escritura, Tradición y Magisterio están interconectados en una vinculo viviente y en una única finalidad salvífica.

El segundo hilo temático, se desarrolla entre los capítulos III y V. Se unen dos piedras angulares de la Teología de la Palabra de Dios que han generado muchas reflexiones: la inspiración y la hermenéutica o interpretación.

Hay una co-presencia del autor divino y el autor humano que revela la cualidad auténtica de la inspiración, análoga a la encarnación, pues comporta una Palabra suprema y trascendente que se manifiesta en palabras concretas e históricas.

Por otra parte, precisamente por esta duplicidad armónica, la interpretación conveniente de la Palabra sagrada tiene presente su instrumentación, sea teológica, sea histórico-crítica (por ejemplo, los géneros literarios) que se aparta de cualquier literalis-

mo fundamentalista, o de cualquier libre aplicación. Así, emerge la “verdad” positiva que la Palabra de Dios quiere ofrecer y que evita la terminología del pasado de corte negativo que hablaba de “inerrancia”.

Enseguida el concilio afirma que “hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación” (DV 11). Con esta afirmación se supera el conflicto entre fe y ciencia, teniendo en cuenta que “la autoridad del Espíritu Santo ha tenido en la mira el persuadir a los hombres sobre aquellas verdades que, siendo necesarias para nuestra salvación y superando cualquier discurso humano, no podían por otra ciencia ni por otro medio ser conocidas sino por boca del Espíritu Santo mismo” (Castelli, 1968).

Es lo que ya había intuido San Agustín cuando afirmaba que “no se lee en el Evangelio que Jesús haya dicho: ‘Les mandaré el Paráclito que les enseñará como van el sol y la luna’. Quería formar cristianos, no matemáticos”. En efecto, la Palabra de Dios proclama la verdad salvífica y no la científica.

Finalmente, el tercer hilo que se desanuda en el capítulo VI de la *Dei Verbum* es el que entreteje Biblia y vida, sobre todo en el ámbito de la existencia creyente: “Es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (DV 21)

Esta acción de la Palabra se ramifica en los diversos ámbitos de la vida de la Iglesia. De ahí el llamado convencido y apasionado al estudio y a la lectura de la Biblia, de modo que ella sea alma de la predicación pastoral, de la catequesis, de la homilía litúrgica, de la teología y de la oración, que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque, como recuerda el Concilio citando a San Ireneo: “a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas” (DV 25).

Y esta consideración nos lleva espontáneamente a una reflexión conclusiva que dejamos a una escena curiosa y a dos personajes.

Es la chanza que se intercambian Vladimir y Estragón, dos vagabundos en el célebre drama de Samuel Becket “Esperando a Godot” (1952), refleja una actitud común para muchos: una ojeada sí hay que darla a un libro tan famoso, pero, como ocurre con los clásicos, poco leído. Incluso entre católicos en tiempos preconciatares: Vladimir: “¿Alguna vez has leído la Biblia?”. Estragón: “¿La Biblia?... Debo haberle dado alguna ojeada”.

El poeta francés Paul Claudel no dudaba en decir, con cierta ironía, que los católicos expresamos un gran respeto por la Biblia, un respeto tan grande que lo demostramos teniéndola lo más lejos posible.

El Concilio Vaticano II pide acortar la distancia entre la Biblia y los lectores, entre la Biblia y la comunidad eclesial, de modo que se trabaje por una reapropiación de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, que reconozca la necesidad de tener entre las manos este “gran código” de la cultura occidental para poder descifrar y admirar las producciones más altas en el campo de las artes, y yendo más allá, su incidencia en el horizonte del ethos y de la ética común.

El mensaje del evangelio es único en todo tiempo, es el mismo ayer, hoy y siempre, como se afirma de Cristo en Hebreos 13,8. Pero se requiere que sea encarnado en las coordenadas históricas cambiantes en las que transcurre nuestra existencia.

Esta “contemporaneidad” permanente de Cristo y de su Palabra es la gran exhortación constante del Concilio Vaticano II. Al respecto Søren Kierkegaard, filósofo danés del siglo 19, afirmaba: “La única relación que se puede tener con Cristo es la contemporaneidad. Relacionarse con un difunto es una relación estética: su vida ha perdido el aguijón, no juzga mi vida, me permite sólo admirarlo”. Este autor también afirma que, en cambio, el Viviente, como de hecho es Jesucristo Resucitado, “me empuja a juzgar mi vida en sentido definitivo” (Kierkegaard, 2009). Esta imagen se relaciona con la de la espada, presentada al comienzo de este artículo.

La Palabra de Dios hace caminar a la Iglesia: un Dios que habla e invita al diálogo

La Biblia es fuente y criterio de identidad para el creyente, pues la fe nace de la revelación de Dios, que tiene sus inicios con Abraham. A pesar de las variadas experiencias religiosas de la antigüedad, no se lograba captar el verdadero rostro de Dios. Por eso es Dios mismo quien se da a conocer, quien levanta el velo, es decir, se revela por medio de los acontecimientos y de la palabra: “El Señor dijo a Abrán” (Gn 12,1)

Este aspecto de la revelación se presenta de manera detallada en el prólogo de Hebreos:

“En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo” (Hb 1,1-2)

El hilo conductor específico de toda la revelación hebrea-cristiana es el habla de Dios a los hombres, al contrario de las religiones antiguas en las que lo propio de los dioses no es hablar, si acaso los dioses hablan entre sí (los babilonios, los egipcios, los griegos).

Esta particularidad se resalta también en el Deuteronomio: “Interroga, pues, a los tiempos antiguos que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: de un extremo al otro de los cielos ¿se ha producido alguna vez un acontecimiento tan imponente como éste, o se escuchó algo semejante?” (Dt 4,32)

En la Biblia no se llega a Dios por el esfuerzo humano de elevarse a él y conocerlo, sino que es Él quien se revela, es decir, se da a sí mismo por su libre iniciativa y voluntad. No se define en términos esencialistas o filosóficos, sino en términos relacionales: es “el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob” (Ex 3,6), es el Dios de los padres. Es el Dios que habla y, de este modo, llama al hombre a ser su compañero, en la escucha y por tanto en la relación.

Dios habla y su palabra manifiesta su poder en los ámbitos de la creación y de la historia. En efecto, la palabra de Dios es creadora (Gn 1,3ss; Sal 33,6.9; Hb 11,3) y establece la historia. Es así que el término hebreo *dabar*, normalmente traducido con “palabra”, signifique también “historia”, “acontecimientos” o “hechos” (1 Re 11,41; 14,19,29; 15,7,23,31).

El Dios que habla es por tanto comunicación. Esto significa la revelación simultánea de la Palabra y del Espíritu, que se manifiesta desde la primera página de las Escrituras con la narración de la creación que se realiza a través de la Palabra: “Dios dijo...” (Gn 1,3ss.) y bajo la guía del Espíritu: “El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Gn 1,2). De modo que la Palabra y el Espíritu son parte de un solo acto de comunicación de Dios.

Si el fundamento de toda la Biblia es el hecho de que Dios habla, el hombre bíblico entra en relación con Dios a través de la escucha, pues camina a la luz de la fe, no de la visión (2 Cor 5, 7), y sólo en la escucha puede tener lugar su encuentro con Dios.

La escucha es constitutiva de Israel como pueblo de Dios: “Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es” (Dt 6,4); “Escuchen mi voz, hagan todo lo que les he mandado, y serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Jr 11, 6). Así lo recuerda el Papa León XIV, al promover la actitud de la escucha “para que la Palabra divina pueda penetrar en nuestras mentes y en nuestros corazones. Al mismo tiempo, estamos llamados a hablar con Dios, no para comunicarle lo que Él ya sabe, sino para revelarnos a nosotros mismos” (Catequesis sobre la *Dei Verbum*. 14 enero 2026).

La historia de Dios con la humanidad es la historia de su hablar, que encuentra su cúspide en Jesucristo, la Palabra definitiva de Dios a la humanidad, es decir, la Palabra que dice todo, que comunica plenamente la voluntad de Dios hacia los hombres, pues él es su rostro, narración y revelación. Todo lo que podemos saber y decir de Dios se encuentra en Jesucristo: “A Dios, nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo único... lo dijo (*exeghésato*)” (Jn 1, 18). Y otra vez, según las palabras de Jesús: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14, 6).

Responder a esta Palabra, entrando en el diálogo iniciado por Dios, es lo que la humanidad está invitada a hacer. Por tanto, la misión de la Iglesia consiste en hacerse eco de esta Palabra para que todo ser humano pueda escucharla dirigida a sí mismo, como Palabra salvadora, y dejarse iluminar por ella.

Así se entiende la amonestación con la que Jesús envía a sus discípulos en misión, pidiéndoles que hagan discípulos a todos los pueblos (Mt 28, 19-20): se trata de anunciar la palabra de Dios condensada en Jesús, para que engendre al creyente a la relación con Dios Padre, por medio del Hijo, en el poder del Espíritu Santo.

Si Jesús es la Palabra de Dios, el Espíritu de Dios reposa sobre él, desde su concepción en el seno de María (Lc 1,35).

En adelante el Verbo, el *Lógos* que estaba con Dios y era Dios (Jn 1,1), se hizo carne *sárx* (Jn 1,14) al nacer de una mujer (Ga 4,4) gracias al Espíritu Santo. Entonces, toda la vida de Jesús, hasta su muerte y resurrección, es Palabra de Dios, es decir, es lo que Dios quiere decir y comunicar a la humanidad.

El recuerdo de esta centralidad en la Iglesia es la Eucaristía, celebración siempre renovada de la comunicación de Dios a los hombres en el don de Cristo. En ella, relato de la vida divina comunicada a la humanidad, Cristo llega a sus hijos como palabra y como pan para sustentar y orientar su existencia cotidiana.

Allí la Iglesia se pone totalmente bajo el señorío de la Palabra que es escuchada, proclamada, celebrada, anunciada, servida, de modo que toda la vida de la Iglesia está injertada en el misterio de la Palabra que es ahora misterio pascual, el misterio de Jesús crucificado que ha resucitado.

Ahora bien, si es cierto que las Escrituras proclaman repetidamente la eficacia y el poder de la palabra de Dios, debe precisarse, sin embargo, que esta eficacia no es mágica, sino que se despliega en la fe del creyente, y que su poder encuentra su manifestación suprema precisamente en la paradoja de la extrema debilidad del Crucificado: “la palabra de la cruz” (1 Co 1, 18).

Además, desde la primera página de la Biblia (Gn 1,1-2, 4), donde se describe la eficacia de la Palabra que, dicha por Dios, crea el mundo y todos los seres vivos, ella no elimina las tinieblas y el caos, sino que los ordena separando, distinguiendo, asignando límites y trazando fronteras. De modo que el poder de la palabra de Dios es una fuerza mansa, que se limita a sí misma: al crear al hombre, Dios se expone a la libertad y a la alteridad humana, acogiéndolas con paciencia y mansedumbre.

La mansedumbre de la palabra encuentra su manifestación en el diálogo, precisamente lo que no ocurre entre Caín y Abel y que lleva al asesinato (Gn 4,1-16). La palabra puesta entre Dios y el hombre, entre hombre y hombre, es el lugar de la mansedumbre. Y esta palabra intermedia es diálogo (dia-lógos). Cristo, como palabra puesta entre Dios y la humanidad, es el lugar del diálogo y del encuentro entre Dios y los hombres. Como Verbo hecho carne es también la mansedumbre hecha persona (Mt 11, 29).

Del Dios que habla deriva, pues, para la iglesia no sólo la misión de anunciar su Palabra al mundo, sino también el modo y la manera de tal anuncio: la mansedumbre y el respeto (1 Pe 3, 15).

La palabra de Dios es también para la iglesia una modalidad, pues la Palabra mansa que es Cristo no puede ser proclamada en tonos soberbios, violentos, intolerantes o irrespetuosos, sino que exige mansos evangelizadores que formen una iglesia fuerte en la fuerza de la mansedumbre.

Y así, desde el Dios que habla a la iglesia que anuncia la palabra de Dios definitivamente revelada en el hombre Jesucristo, se instaura un movimiento de comunicación y comunión. Esto es lo que expresa con densidad teológica el prólogo de la Primera Carta de Juan:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (Palabra) porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos

manifestó; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” (1 Jn 1,1-3).

Si la "comunión", *koinonía*, define la vida del Dios uno y trino y la profundidad de su misterio, la iglesia sólo puede ser atravesada por la vida misma, si quiere narrar creíblemente a Dios.

Bajo el primado de la Palabra de Dios, la Iglesia se deja habitar por la vida divina y se convierte en sacramento de su presencia, viviendo como “casa y escuela de comunión” (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 43). Como comunión, es imagen de la humanidad reconciliada y profecía del Reino.

De este modo la iglesia no se limita a cumplir su servicio de anuncio de la Palabra de Dios, sino que se convierte ella misma en memoria viva de la Palabra. Y esto emerge en toda su potencia espiritual en el momento en que la Iglesia celebra la Eucaristía, cuerpo de Cristo entregado para la vida del mundo, diálogo definitivo en el que se entrega el Verbo hecho carne: “Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros; haced esto en memoria mía” (1 Co 11, 24). Es decir, vivir como yo he vivido.

Callamos antes de escuchar porque nuestros pensamientos ya están dirigidos hacia el mensaje, al igual que calla un niño cuando entra en la habitación de su padre. Callamos después de oír la palabra de Dios, porque ella resuena, vive y quiere permanecer en nosotros.

Callamos al levantarse la mañana y callamos al caer la noche porque es a Dios a quien corresponde la primera y última palabra del día. Callamos, por tanto, únicamente por causa de la palabra” (Bonhoeffer, 1992, p.72)

**Conferencia del P. Fidel Oñoro, cjm, para los animadores bíblicos de la evangelización de la arquidiócesis de Bogotá y ajustado para esta publicación el P. Wilton Sánchez.*

Referencias bibliográficas

Agustín de Hipona. (2014). *Contra Felicem*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Beckett, S. (1952). *Esperando a Godot*. Tusquets.

Benedicto XVI.(2010). *Verbum Domini*. Editrice Vaticana.

Bonhoeffer, D. (1992). *Vida en comunidad*. Sígueme.

Castelli, B. (1968). *Carta a Galileo Galilei*. Barbera.

Claudiel, P. (1959). *Yo amo la Biblia*. Editorial Vergara.

Concilio Vaticano II. *Dei Verbum*. Editrice Vaticana.

Juan Pablo II (2001). *Novo millennio ineunte*. Editrice Vaticana.

Kierkegaard, S. (2009). *Ejercitación del cristianismo*. Trotta.

León XIV (2026). *Audiencia General. Dios habla a los hombres*. Editrice Vaticana.

Universidad de Navarra. (2008). *Sagrada Biblia EUNSA*.



Tomado de: https://www.magnific.com/es/foto-gratis/adolescente-tomando-libro-estanteria_2453634.htm#fromView=search&page=5&position=10&uid=cee6b5a3-9dbe-4174-b48c-a1bdda02e3f3&query=biblioteca

El laico como misionero en el corazón del mundo

Mg. Jorge Carrero

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

“Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante, su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Corintios 12,12).

Con esta poderosa imagen el apóstol Pablo nos recuerda una verdad fundamental que a veces corremos el riesgo de olvidar: en la Iglesia ningún miembro es pasivo ni prescindible. En este cuerpo vivo, “ni el ojo puede decir a la mano, no te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies, no tengo necesidad de vosotros” (1 Corintios 12,21). Cada creyente —y de manera particular el laico— es un latido vital en el corazón del mundo.

Esta visión orgánica rompe con cualquier comprensión piramidal o meramente funcional de la Iglesia. No se trata de una institución dividida entre protagonistas y actores secundarios, sino de un misterio de comunión donde cada vocación posee un sentido irrepetible. El laico no ocupa un lugar marginal; es presencia encarnada de la Iglesia en medio de las realidades temporales; el laico vive, trabaja, sufre, ama y transforma desde dentro el tejido mismo de la sociedad.



Imagen generada a través de IA

La herencia viva del Concilio Vaticano II nos impulsa a redescubrir la inmensa dignidad y la misión irrenunciable del laicado. Durante siglos se definió al laico por negación, es decir, como aquel que “no es” clérigo ni religioso, relegándolo a una posición secundaria o pasiva dentro de una eclesiología clerical y piramidal.

Sin embargo, la Sagrada Escritura muestra que Dios siempre ha contado con los laicos, que se han presentado como parte de los grandes protagonistas de la historia de la salvación —los patriarcas como Abraham y Sara, libertadores como Moisés, jueces como Débora, los profetas que alzaron la voz por la justicia, e incluso María y José— fueron hombres y mujeres insertos en las realidades cotidianas de su tiempo.

La misión del laico: santificar el mundo desde adentro

El Concilio Vaticano II a través de su Constitución Dogmática *Lumen Gentium* (1964) y del decreto *Apostolicam actuositatem* (1965) sobre el apostolado de los laicos devolvió al laicado su definición más luminosa, cuando afirmó que

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento (LG 31).

Esta aseveración no es simplemente descriptiva, sino profundamente programática, puesto que el Concilio no presenta al laico como un colaborador ocasional de los clérigos, sino como sujeto activo de una vocación propia y específica dentro del Pueblo de Dios.



Imagen generada a través de IA

La expresión “por propia vocación” subraya que su misión no es delegada ni secundaria, sino constitutiva de su identidad bautismal. Entonces, se puede afirmar que, el laico no está en el mundo por casualidad; está en él por designio providente, llamado a hacer visible el señorío de Cristo en las realidades concretas de la historia.

Por otro lado, su misión de buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales implica asumir la responsabilidad de transformar desde dentro de las estructuras humanas. Por tanto, su espiritualidad no es intimista ni su fe queda reducida al ámbito privado, sino que está llamado a asumir una misión que abarca la familia, el trabajo, la economía, la política, la cultura, la ciencia y la vida social, entre otras muchas realidades. De esta manera, el laico está llamado a discernir los signos de los tiempos, a iluminar las decisiones cotidianas con la luz del Evangelio y a configurar las dinámicas sociales conforme a la dignidad de la persona humana.

Todo lo anterior nos permite afirmar que la misión de los laicos tiene un carácter profundamente encarnado, porque el laico no actúa como un agente externo que impone principios religiosos desde fuera, sino como alguien que comparte las mismas condiciones, luchas y esperanzas de sus contemporáneos. Desde esa cercanía, su testimonio adquiere credibilidad y

fuerza transformadora. Es por lo que, desde la visión del laico el mundo puede ser visto no como un territorio hostil del que hay que escapar, sino como el campo fecundo donde la semilla del Reino puede germinar y dar fruto abundante.

Esta afirmación encuentra un eco profundo en las parábolas que nos presenta Mateo 13,33-57. Allí, Jesús mismo declara que el campo es el mundo y la buena semilla representa a los hijos del Reino. No dice que el campo sea el templo, ni un espacio aislado, sino el mundo. Allí, en medio de la historia concreta, con sus luces y sombras, crece simultáneamente la buena semilla y la mala hierba. El laico, inserto en las realidades temporales, es precisamente esa “buena semilla” sembrada en el campo del mundo para dar fruto.

También, por medio de la parábola de la levadura, del mismo capítulo 13 del evangelio de Mateo, se ilumina aún más esta misión, cuando presenta que “el reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que hizo crecer toda la masa” (v.33). La levadura no actúa desde fuera ni domina visiblemente la masa; se mezcla, desaparece, pero transforma todo desde dentro. Así es la vocación laical, silenciosa muchas veces, cotidiana, aparentemente pequeña, pero con una fuerza expansiva que renueva estructuras, mentalidades y culturas. El laico no huye del mundo porque sabe que su lugar es precisamente esa masa que necesita fermentarse con el Evangelio.

Entonces el mundo no es un territorio del que debemos escapar, sino el campo sembrado por el Hijo del hombre. Es el espacio donde la levadura actúa, donde el tesoro se descubre, donde la red se llena y donde, pese a la incompreensión, el Reino crece. Desde esta perspectiva evangélica, la vocación laical aparece con toda su grandeza, porque es presencia transformadora en el corazón mismo de la historia.

El laico vive inmerso en las ocupaciones del mundo, en la vida familiar y social, y es precisamente allí donde Dios los llama a ser fermento, iluminando las realidades terrenas para que se realicen conforme a Cristo. Esta afirmación es profundamente revolucionaria,

porque el mundo no es simplemente un escenario donde el cristiano sobrevive espiritualmente, sino el lugar concreto de su santificación y misión.



Imagen generada a través de IA

El trabajo profesional, la política, la economía, la cultura, la educación, los medios de comunicación, el arte y la ciencia se convierten en ámbitos donde el Evangelio puede encarnarse. El laico no necesita abandonar su realidad para agradar a Dios; está llamado a transformarla desde dentro, como la levadura en la masa, teniendo en cuenta que, los laicos no son cristianos de segunda categoría; por su bautismo, participan del sacerdocio común, de la función profética y de la dignidad real de Cristo (LG 31-36). Su vocación no es huir del mundo, sino transformarlo. Como subraya el decreto *Apostolicam Actuositatem* (1965), el apostolado de los laicos fluye de su misma unión vital con Cristo, y la fecundidad de su labor depende de esa intimidad, nutrida por la liturgia y los sacramentos (AA 4).

De acuerdo con lo anterior se puede decir que el equilibrio esencial en la vida del laico consiste en una intensa vida espiritual que no desemboca en evasión, sino en compromiso. La Eucaristía, la oración, la escucha de la Palabra y la vida sacramental no apartan al laico de sus responsabilidades, sino que las iluminan y las fortalecen. Desde esa unión vital con Cristo, el laico aprende a ofrecer su jornada como oblación cotidiana, integrando fe y vida en una síntesis madura y coherente.

Vencer la invisibilidad y la espiral del silencio

A pesar de esta hermosa teología, la realidad contemporánea nos sigue presentando signos evidentes de la invisibilidad social y eclesial del laico. Es un gran desafío que debe ser asumido dentro del horizonte de la sinodalidad eclesial. Frecuentemente, el laico valorado es solo aquel que participa en la infraestructura interna de la parroquia, mientras que la madre de familia o el trabajador que luchan por la justicia en el ámbito secular pasan desapercibidos.

Esta limitación refleja una mirada eclesiológica que fracasa al intentar descubrir la acción de Dios más allá de los muros del templo, olvidando que la familia y el trabajo son lugares primarios donde el laico continúa la tarea evangelizadora. Como consecuencia, el compromiso de los laicos suele reducirse a tareas intraeclesiales, marginando su verdadera misión de transformar el mundo social, político y económico con los valores del Evangelio. García de Andoin, desde su análisis sociológico, advierte sobre una espiral del silencio, donde los creyentes, por temor al aislamiento en una sociedad secularizada, ocultan su fe en la vida pública y pactan una separación radical entre sus creencias y su actuar ciudadano.

La espiral del silencio sostiene que las personas tienden a ocultar sus opiniones cuando perciben que son contrarias a la opinión pública mayoritaria, motivadas por el profundo temor a quedar aisladas en su entorno social. Según esta teoría, este enmudecimiento voluntario provoca que ciertos puntos de vista terminen dominando la escena pública, mientras que otras ideas desaparecen simplemente por el silencio de sus propios partidarios. Este fenómeno fue ilustrado históricamente por Alexis de Tocqueville al analizar la decadencia del catolicismo en la Francia del siglo XVIII. En aquella época, los creyentes, *temiendo más la soledad que el error*, declaraban compartir las ideas de la mayoría, otorgando al desdén por la religión una falsa apariencia de voluntad general irresistible.

En la actualidad, esta dinámica silenciadora comprime profundamente la presencia de los cristianos en la sociedad. Ante una cultura secularizada, muchos creyentes asumen que la fe debe recluirse de forma exclusiva en el ámbito privado para no ser percibidos como rarezas, fundamentalistas o personas que pretenden imponer sus criterios. Para romper esta espiral, se requieren personas que no teman al aislamiento. Es vital que el laicado asuma, en algunos contextos, un rol de vanguardistas y disconformes frente a la opinión pública dominante, atreviéndose a ser evangélicamente identificables para recuperar el orgullo de ser cristianos en medio del mundo. Esto tiene que ver también con la dimensión profética de su misión en el mundo.

De lo contrario, este pacto de silencio y esta reclusión de la fe a la esfera privada traerán consecuencias devastadoras. Por un lado, se acelera el proceso de secularización al hacer que el estilo de vida cristiano pierda plausibilidad y visibilidad social; por otro, la fe se reduce a un mero compromiso moral - o social en algunos casos- perdiendo su fuerza espiritual y misionera. Por ello, el gran reto del laicado actual es romper esta espiral y atreverse a “vivir religiosamente lo profano”, convirtiéndose en apóstoles valientes que, sin diluir su identidad - actuando como verdadera sal y luz en el tejido social - sean conscientes que el Evangelio posee una dimensión pública inevitable que, ilumina la conciencia, inspira decisiones, modela criterios éticos y propone una visión integral del ser humano. Por ello, callar la fe por miedo al rechazo no solo empobrece al creyente, sino también a la sociedad, que se priva de una voz que promueve la dignidad humana y el bien común.

Para que la herencia del Concilio Vaticano II esté viva, se necesita una presencia pública que sea culturalmente significativa, evangélicamente identificada y contagiante en su espíritu misionero. El laico está llamado a no separar la fe de la vida, reconociendo que su familia, su vocación profesional, la economía y la política son los lugares teológicos donde debe hacer presente el Reino de Dios. Esta presencia no implica imposición, sino testimonio coherente. Se trata de una fe dialogante, capaz de proponer sin agredir,

de construir puentes, de sembrar esperanza en medio de la incertidumbre cultural. Sin olvidar que el laico cristiano está llamado a ser conciencia crítica y fermento de reconciliación en contextos marcados por la polarización y la fragmentación social.

Discípulos misioneros en una Iglesia “en salida”

El Papa Francisco, en su exhortación *Evangelii Gaudium* (2013), lleva esta herencia a su máxima expresión al recordar que todos somos discípulos misioneros. La nueva evangelización exige que la Iglesia entera asuma un dinamismo de salida, es decir, de abandono de la comodidad de los templos, para ir a las periferias existenciales.

La expresión “Iglesia en salida” no es una estrategia pastoral más, sino una conversión del corazón. Supone pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera, donde cada bautizado se reconoce enviado. El laico, por su inserción natural en el mundo, tiene una ventaja providencial, porque ya habita las periferias culturales, económicas y sociales donde el Evangelio necesita resonar. Al encontrarse ya inserto de forma natural en estas fronteras seculares, el laico está llamado a dar un paso más allá de la mera presencia, asumiendo la audacia de “primerear” e involucrarse activamente en la vida cotidiana y el sufrimiento de los demás para transformar el mundo desde adentro (Francisco, 2013). Para que esta ventaja providencial sea realmente efectiva, es imperativo que el creyente venza la espiral del silencio y el cómodo pacto cultural que intenta recluir la fe de manera exclusiva en la esfera privada o familiar.

En lugar de sostener un cristianismo invisible, se requiere forjar una presencia pública que sea culturalmente significativa, evangélicamente identificada y contagiosamente misionera en medio de las ocupaciones profanas. Esta profunda vocación laical encarna ineludiblemente la dimensión social de la evangelización, pues al actuar como fermento en la masa, el laico asume la responsabilidad de ordenar los asuntos temporales según Dios, sanar las estructuras humanas, combatir la imperante “economía de la exclusión”

y defender la dignidad de quienes son tratados como desechos (Francisco, 2013). De este modo, el compromiso cristiano del laico deja de verse como un simple apéndice de las labores intraeclesiales para revelarse como el instrumento principal y necesario capaz de impregnar con los valores del Reino todo el tejido económico, político y social (XIII Asamblea Ordinaria del Sinódo de los Obispos. La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, 2011, n. 134)

En los tiempos contemporáneos el laico debe asumir su identidad con un fervor apasionado. No se trata de cumplir con un simple encargo en la vida, sino de una convicción ontológica, que le haga reconocer lo que invitó el Papa Francisco en la Jornada Misionera Mundial del 2018 haciendo eco de la *Evangelii Gaudium*: Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo (Francisco, 2013, n. 273). Esta misión tiene una dimensión social ineludible.

El Evangelio reclama la inclusión social de los pobres, exigiendo un rotundo no a una economía de la exclusión y la inequidad que, descarta a los seres humanos como bienes de consumo. Sabemos que la opción por los pobres es una categoría teológica que brota de la fe en un Cristo que se hizo pobre, y es tarea del laicado luchar por la dignidad del prójimo, promoviendo la paz social y el bien común.

Esta dimensión social no es ideológica, sino profundamente evangélica. El compromiso por la justicia, la defensa de la vida, la promoción de la familia y el cuidado de la creación son expresiones concretas de una fe encarnada. El laico no puede desentenderse de los sufrimientos del mundo, porque en cada herida humana reconoce el rostro de Cristo.

Conclusión

Tengamos en cuenta que el laico, a la luz del Concilio Vaticano II y la exhortación *Evangelii Gaudium*, no es un miembro pasivo ni un colaborador secundario en la Iglesia, sino sujeto activo de una vocación propia que consiste en ser fermento del Reino en el corazón del mundo.

Insertado en las realidades familiares, profesionales, culturales y políticas, el laico está llamado a santificar desde dentro las estructuras temporales, viviendo una fe encarnada que integra Eucaristía, vida cotidiana y compromiso social.

Como la levadura en la masa (Mateo 13), su acción suele ser silenciosa pero profundamente transformadora, venciendo la tentación de recluir la fe al ámbito privado y rompiendo la “espiral del silencio” que invisibiliza el testimonio cristiano en una cultura secularizada.

Como discípulo misionero en una Iglesia “en salida”, el laico asume con valentía que su identidad es misión, defendiendo la dignidad humana, promoviendo el bien común y haciendo presente el señorío de Cristo allí donde se decide el destino de la sociedad, convencido de que el mundo no es un territorio del que se deba huir, sino el campo fecundo donde la semilla del Reino está llamada a germinar y dar fruto abundante.

La herencia viva del Concilio Vaticano II es un llamado al empoderamiento espiritual y transformador. Los laicos son los apóstoles de la modernidad. Si la Iglesia es la luz de los pueblos, los laicos son la chispa que enciende esa luz en los rincones más oscuros del mundo secular. Por lo tanto, están llamados a ser valientes, a no ser clericalistas, y a recibir su vocación laical como un verdadero regalo y camino de santidad.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita laicos maduros en la fe, intelectualmente formados, espiritualmente sólidos y socialmente comprometidos. Hombres y mujeres capaces de dialogar con la cultura contemporánea sin diluir su identidad, de construir comunidad en medio del individualismo y de anunciar esperanza en contextos de desencanto.

Que esta visión nos inspire a dejar de ser meros espectadores para convertirnos en constructores de un mundo nuevo, recordando siempre que el trabajo y las fatigas cotidianas, vividas en el Espíritu, se convierten – haciendo eco de Romanos 12,1 – en “sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo”.

Referencias Bibliográficas

Biblia de Jerusalén (2009).

Concilio Vaticano II. (1965). Constitución Dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gentium). Santa Sede.

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB). (2021, verano). Boletín del Subcomité para el Culto Divino en español, Vol. 1. Secretariado del Culto Divino.

Francisco (2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Tipografía Vaticana.

Francisco (2018). Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Misionera Mundial. Tipografía Vaticana.

Francisco. (2013, 24 de noviembre). Exhortación apostólica Evangelii gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Tipografía Vaticana.

Francisco. (2019, 25 de marzo). Exhortación apostólica postsinodal Christus vivit. La Santa Sede.

García de Andoin, C. (s.f.). Capítulo VII: La presencia pública de los cristianos. [Documento en PDF].

Ibáñez, F. (s.f.). Los laicos, ¿los tomamos en serio? CVX-Magis – Perú.

Juan Pablo II. (1988, 30 de diciembre). Exhortación apostólica postsinodal Christifideles laici. La Santa Sede.

Concilio Vaticano II. (1965). Decreto Apostolicam

Actuositatem: Sobre el apostolado de los laicos. Santa Sede.

Concilio Vaticano II. (1965). Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium. Concilio Ecuménico Vaticano II.

Concilio Vaticano II. (1965). Decreto Apostolicam actuositatem sobre el apostolado de los laicos. Concilio Ecuménico Vaticano II.



Tomado de: <https://www.nationalgeographicla.com/historia/2025/02/papa-francisco-fotografias-de-national-geographic-que-documentan-el-dia-a-dia-del-sumo-pontifice-en-el-vaticano>

Santidad para todos: una huella de San Juan Eudes en el Concilio Vaticano II

P. Geovanny Colorado, cjm
Unidad Eudista de Espiritualidad

Introducción: la santidad, una llamada incomprendida

El presente artículo explora la concepción de la santidad cristiana como vocación universal, estableciendo un diálogo entre la obra de san Juan Eudes en "Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas" (siglo XVII), la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II (siglo XX) y la exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate* del Papa Francisco.

Se argumenta que la visión eudista, que concibe al cristiano como continuador de la vida de Jesús en la tierra y llama a todos los fieles a la santidad, constituye un antecedente profético de lo que el Concilio desarrollaría como "vocación universal a la santidad". Asimismo, se aborda la desfiguración contemporánea de la santidad —percibida como inalcanzable o reservada a acciones heroicas— y se propone recuperar su sentido original desde las fuentes eudistas y magisteriales.

En el imaginario colectivo de muchos creyentes, la santidad sigue siendo percibida como una meta reservada a unos pocos elegidos: monjes, místicos, mártires o personajes extraordinarios cuyas vidas transcurren entre milagros y penitencias heroicas.

Esta percepción ha generado un doble fenómeno en la vida eclesial: por un lado, la admiración distante hacia quienes alcanzaron la santidad así concebida; por otro, una resignada conciencia de que ese ideal resulta inaplicable a la vida ordinaria del cristiano común, inmerso en las exigencias de la familia, el trabajo y las relaciones cotidianas.

El Papa Francisco, en *Gaudete et Exsultate*, diagnostica con claridad esta situación: "Lo que aquí quiero considerar es la llamada a la santidad que el Señor dirige a cada uno de nosotros, esa llamada que también te dirige a ti, a ti, a ti: 'Sed santos, porque yo soy santo'" (GE 10). Y advierte sobre el riesgo de desfigurar este llamado, presentando "modelos de santidad que parecerían inalcanzables" o reduciendo la vida cristiana a "un conjunto de ejercicios religiosos" que no transforman la existencia concreta (GE 32).

Sin embargo, lo que pocos conocen es que tres siglos antes del Concilio Vaticano II, un sacerdote normando, san Juan Eudes (1601-1680), había ya desarrollado una teología de la santidad profundamente arraigada en la vida cotidiana y dirigida explícitamente a "todos los cristianos". Su obra cumbre, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, constituye un tratado de espiritualidad que, como veremos, anticipa de manera sorprendente las enseñanzas conciliares sobre la vocación universal a la santidad y la dignidad del laicado.

El presente artículo pretende establecer un diálogo entre estas tres fuentes —la espiritualidad eudista, la constitución *Lumen Gentium* y la exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*— para mostrar cómo la comprensión de la santidad como camino accesible a todos los bautizados no solo es posible, sino necesaria para la revitalización de la vida cristiana en el mundo contemporáneo.

San Juan Eudes: un profeta de la santidad para todos

El contexto de una intuición adelantada

Para comprender el carácter profético de la obra de san Juan Eudes, es necesario situarla en su contexto histórico. El siglo XVII francés, marcado por el auge de la Reforma católica postridentina, veía florecer grandes escuelas de espiritualidad —la francesa, la carmelitana, la ignaciana—, pero estas estaban dirigidas predominantemente a religiosos y religiosas. La espiritualidad del laico, cuando se consideraba, solía ser una versión atenuada o “adaptada” de la vida religiosa. Esto contribuyó en cierta manera a la clericalización del laico.

Juan Eudes, formado por el cardenal Pedro Bérulle y, luego, fundador de la Congregación de Jesús y María (Eudistas) y de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, rompe con este esquema. Desde el prólogo de *Vida y Reino*, declara sin ambages el destinatario de su obra:

"Hablo de «todos los cristianos» porque ha sido compuesto no sólo para religiosos sino para cuantos desean vivir cristiana y santamente. Y esta es obligación de todo cristiano, de cualquier estado y condición, porque, en lenguaje celestial, ser cristiano y ser santo es una misma cosa" (*Vida y Reino*, p. 90).

Esta afirmación, que hoy nos parece obvia a la luz del Concilio Vaticano II, resultaba novedosa —y hasta audaz— en el siglo XVII. Juan Eudes fundamenta su planteamiento en una concepción teológica profunda: la unión del cristiano con Cristo como miembro de su Cuerpo místico.

El fundamento teológico: el cristiano es continuador de la vida de Jesús

La clave de bóveda de la espiritualidad eudista reside en una intuición central: el cristiano no es simplemente un imitador de Jesús, sino alguien que conti-

núa y completa en sí mismo la vida de Cristo. Eudes lo expresa con una claridad asombrosa:

"Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre [...] es, al decir de san Pablo, nuestra Cabeza, de la que somos su cuerpo y sus miembros [...] De esta unión se desprende que, como los miembros reciben animación del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también a nosotros debe animarnos el espíritu de Jesús, para vivir de su vida, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones y realizar nuestras acciones con sus mismas disposiciones e intenciones. En una palabra, debemos continuar y completar la vida y la devoción de Jesús en la tierra" (*Vida y Reino*, p. 161).

Esta teología de la “continuación de Cristo” en la existencia del bautizado no es una mera exhortación piadosa, sino que se apoya en una sólida base escriturística y patristica. Eudes cita abundantemente a san Pablo: “vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20); “llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús” (2 Cor 4,10); “la Iglesia es la plenitud de Jesucristo” (Ef 1,23). La consecuencia es clara: si Cristo vive en el cristiano y el cristiano vive en Cristo, entonces la santidad no es otra cosa que dejar que esa vida divina se despliegue en la existencia concreta.

La santidad como configuración con Cristo

Para Eudes, la santidad no consiste primordialmente en la práctica de virtudes heroicas o en fenómenos extraordinarios, sino en la configuración con Cristo y este trabajo lo realiza el Espíritu Santo contando con la libertad y la voluntad del cristiano. Por eso titula su obra *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*: se trata de que Jesús “viva y reine” en cada bautizado. Este “reino” no es una realidad futura o exclusivamente celestial, sino una presencia actual que debe manifestarse en todas las dimensiones de la vida.

La originalidad de Eudes radica en su capacidad para traducir esta alta teología en una pedagogía espiritual concreta. Su obra está repleta de “elevaciones”, oraciones y ejercicios destinados a ayudar al cristiano a vivir cada momento —desde el despertar hasta el descanso

nocturno, desde las acciones más sencillas hasta las más solemnes— en unión con Jesús. Se trata, como él mismo dice, de “formar a Jesús” en nosotros (Vida y Reino, p. 271).

Por tanto, esta formación de Jesús en el cristiano no es una tarea reservada a especialistas, sino la vocación común de todos los bautizados. En un pasaje de gran belleza, Eudes describe cómo las acciones más ordinarias pueden convertirse en ocasión de santidad:

“La mayor parte de nuestra vida es un tejido de pequeñas acciones, tales como comer, beber, dormir, leer, escribir, conversar con el prójimo. Si nos esmeramos por hacerlas bien, daremos con ellas gran gloria a Dios y adelantaremos pronto en las sendas de su amor” (Vida y Reino, p. 442).

Esta visión, que podría parecer obvia para nosotros, constituía en el siglo XVII una reivindicación de la dignidad espiritual de la vida laical. Al afirmar que las acciones cotidianas pueden ser “otros tantos actos de alabanza y de amor a Jesús” (Vida y Reino, p. 454), Eudes estaba sentando las bases para una espiritualidad laical autónoma, no dependiente de los modelos monásticos o religiosos.

El Concilio Vaticano II: la consagración de una intuición

La doctrina de Lumen Gentium sobre la santidad universal

Casi tres siglos después de la muerte de san Juan Eudes, el Concilio Vaticano II (1962-1965) haría suya, de manera oficial y solemne, esta misma convicción. El capítulo V de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, titulado precisamente “Universal vocación a la santidad en la Iglesia”, constituye un hito en la enseñanza magisterial.

El texto conciliar comienza afirmando: “El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida,

de la que Él es iniciador y consumidor: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (LG 40); y continúa afirmando: “Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40).

La formulación es tan clara como contundente: la santidad no ha de entenderse como un privilegio y llamado para algunos pocos, sino como una vocación de todos. El Concilio se cuida de precisar que esta llamada no anula la diversidad de estados de vida, sino que los asume y los santifica desde dentro:

“Los fieles, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida y a través de todo ello, se santificarán más cada día si lo reciben todo con fe de la mano del Padre celestial y cooperan con la voluntad divina, manifestando a los demás, en el mismo cumplimiento de su tarea temporal, la caridad con que Dios amó al mundo” (LG 41).

La novedad conciliar y sus antecedentes

Es importante señalar que la enseñanza de *Lumen Gentium* no surgió de la nada. El Concilio Vaticano II recogió un movimiento de renovación bíblica, teológica, espiritual y espiritual que venía gestándose desde hacía décadas, con teólogos como Yves Congar y Henri de Lubac, que contribuyeron a redescubrir la teología del Cuerpo místico y la dignidad del laicado.

En este sentido, san Juan Eudes puede ser considerado un precursor legítimo de la eclesiología conciliar. Su insistencia en que el cristiano es “otro Jesús sobre la tierra” (Vida y Reino, p. 162) y en que su vocación es “continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra” (Vida y Reino, p. 162) anticipa la concepción de la Iglesia como sacramento universal de salvación y de los fieles como partícipes activos de la misión de Cristo.

Además, Juan Eudes había desarrollado una teología del bautismo como fundamento de la vocación cristiana que encuentra eco en *Lumen Gentium*. Para él, el bautismo no es simplemente un rito de iniciación,

sino una verdadera “profesión solemne” por la cual el cristiano se compromete a vivir en Cristo y para Cristo (Vida y Reino, p. 267-299). El Concilio, por su parte, afirma que “por el bautismo somos hechos miembros del Cuerpo de Cristo” y que “todos los fieles, de cualquier estado o condición, a este Cuerpo pertenecen” (LG 32).

La vida cotidiana como lugar teológico

Uno de los aspectos más fecundos de la enseñanza conciliar es la afirmación de que los laicos santifican el mundo “desde dentro, a modo de fermento” (LG 31). Esta idea, que hoy nos resulta familiar, implica un cambio de paradigma respecto a concepciones anteriores que veían el mundo como un lugar de peligro del cual había que apartarse para alcanzar la santidad.

San Juan Eudes, sin compartir el optimismo ingenuo sobre el mundo (al que, como veremos, considera con realismo), había ya abierto este camino al afirmar que todas las acciones humanas pueden ser ofrecidas a Dios y convertirse en “actos de alabanza y amor”. Su pedagogía espiritual, que enseña a ofrecer a Jesús cada acción —desde el trabajo manual hasta la conversación con el prójimo, desde la comida hasta el descanso—, constituye una verdadera “espiritualidad de la vida ordinaria” que anticipa lo que el Concilio desarrollaría.

Gaudete et Exsultate: la actualización profética del Papa Francisco

La santidad “de la puerta de al lado”

Si el Concilio proclamó la vocación universal a la santidad en términos doctrinales, el Papa Francisco, en *Gaudete et Exsultate*, la presenta en clave narrativa y existencial, acercándola a la experiencia concreta de los creyentes. Su famosa expresión “la santidad ‘de la puerta de al lado’” (GE 7) busca desmitificar la imagen de una santidad inalcanzable:

“Me gusta ver la santidad en el pueblo paciente de Dios: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas mayores que siguen sonriendo. En esa constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante” (GE 7).

Esta descripción, fácilmente, podría haber sido escrita por san Juan Eudes. El santo normando dedicó páginas enteras a enseñar cómo santificar las acciones más sencillas: al levantarse, al vestirse, al trabajar, al comer, al conversar (Vida y Reino, I y VI Parte). Su objetivo era precisamente mostrar que la santidad no es algo reservado a momentos extraordinarios, sino que se teje en la trama de la vida diaria.

La lucha contra la desfiguración de la santidad

Un aspecto central de *Gaudete et Exsultate* es la denuncia de las falsas concepciones de santidad. El Papa Francisco alerta diciendo que “no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros” (GE 11).

También advierte sobre el pensamiento generado de que la santidad pertenece a unos pocos. Por ello dice que:

“Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra” (GE 14).

San Juan Eudes, desde su contexto, también había enfrentado resistencias similares. Su insistencia en que la santidad es para todos chocaba con la mentalidad de su época, que tendía a identificar la perfección cristiana con la vida religiosa. Por eso, en el prólogo de *Vida y Reino*, se siente en la necesidad de justificar su propuesta apelando a la Escritura: “la palabra de Dios, en efecto, nos declara que su voluntad es que no solamente los que se encuentran en los claustros, sino todos los cristianos trabajen en su santificación” (*Vida y Reino*, p. 90).

Tres siglos después, el Papa Francisco retoma esta misma lucha, pero en un contexto diverso. Ya no se trata tanto de reivindicar la posibilidad de la santidad laical doctrinalmente establecida por el Concilio, sino de liberarla de las desfiguraciones que la alejan de la gente común: el pelagianismo, el gnosticismo, el espiritualismo desencarnado.

La alegría como criterio de santidad

Otro aspecto en el que el Papa Francisco resuena con la tradición eudista es la insistencia en la alegría como signo distintivo de la santidad: “Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría” (GE 122).

San Juan Eudes, aunque su lenguaje pueda parecernos a veces severo por el contexto de su época, es un autor profundamente gozoso. Para él, la unión con Cristo no es una carga, sino una fuente de “deleites y dulzuras”. En un pasaje significativo, escribe:

“Si con esmero y fidelidad utilizas los ejercicios que él te propone, comprobarás la verdad de la palabra del Hijo de Dios: ¡El reino de Dios está dentro de ustedes! Y alcanzarás lo que le pides todos los días: que venga tu Reino” (*Vida y Reino*, p. 92).

La alegría eudesiana no es ingenua ni superficial; brota de la certeza de que Cristo vive en el alma y de que, a pesar de las dificultades, el amor de Dios es

más fuerte. Esta misma convicción anima las páginas de *Gaudete et Exsultate*.

Causas del rechazo contemporáneo a la santidad

La desfiguración de la santidad

A pesar de la claridad de la enseñanza eclesial, persiste en muchos ambientes una resistencia a tomar en serio la llamada universal a la santidad. ¿Cuáles son las causas de este fenómeno?

En primer lugar, como ya se ha insinuado, la imagen socialmente construida de la santidad sigue estando asociada a lo extraordinario. Los santos canonizados que llenan el santoral son, en su mayoría, personas que vivieron experiencias límite: mártires, fundadores, místicos, personas que realizaron milagros o llevaron vidas de penitencia extrema. Esta galería de figuras excepcionales, aunque legítima y edificante, puede transmitir implícitamente el mensaje de que la santidad es para “superdotados espirituales”.

El Papa Francisco expresa con claridad que este camino: “No requiere de capacidades especiales ni está reservado a los más inteligentes o instruidos” (GE 170). También dice que para esa santidad no hay que vivir “como seres autosuficientes sino ‘como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios’ ” (GE 18). Además, insiste en que la disposición para vivir en el amor es el camino hacia la santidad: “Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió ‘para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor’ (Ef 1,4)” (GE 2).

San Juan Eudes, por su parte, aunque veneraba profundamente a los santos y mártires, tuvo el cuidado de subrayar que la santidad fundamental consiste en la unión con Cristo, accesible a todos los bautizados, sin importar su condición o estado de vida. Incluso al hablar del martirio que él considera “la cumbre de la santidad” (*Vida y Reino*, p. 284), se preocupa de señalar que “en cierta manera son verdaderos mártires a los ojos de Dios, los que se hallan en sincera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor” (*Vida y Reino*, p. 288). Es decir, lo que cuenta no es tanto el hecho

externo, sino la disposición interior del amor y, sobre todo, para amar.

El miedo a la exigencia, el secularismo y la pérdida del sentido de Dios

Otra causa del rechazo a la santidad es el miedo a la exigencia que conlleva. En una cultura que privilegia el placer, el bienestar inmediato y la autorrealización, el llamado a la entrega total y al desprendimiento de sí mismo puede resultar amenazante.

San Juan Eudes, lejos de rebajar la exigencia evangélica, la presenta en toda su radicalidad. Habla del “odio al pecado”, del “desprendimiento del mundo y de sí mismo”, de la necesidad de “renunciar a todo”. Pero al mismo tiempo, muestra cómo estas exigencias se viven desde el amor y la confianza en la gracia, no desde el esfuerzo puramente humano.

El Papa Francisco aborda esta tensión con realismo pastoral: “Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad” (GE 15).

También afirma que “A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia ‘para que participemos de su santidad’ (Hb 12,10)” (GE 17). No se trata de tener entonces miedo a la exigencia, ya que la gracia de Dios sostiene en medio de esa exigencia.

Por tanto, no debe haber lugar para el desánimo en el camino de la santidad. Este camino es, en sí mismo, una lucha interior, un sendero que se recorre paso a paso, con paciencia y perseverancia. En ocasiones, el desánimo puede surgir al contemplar modelos de santidad que parecen inalcanzables, como si quienes los encarnaron nunca hubiesen experimentado fragilidad o error. Sin embargo, los santos no están para ser imitados de manera mecánica, sino para inspirar y orientar. Algunos nos acompañan, otros nos atraen; pero la santidad no consiste en copiar, sino en acoger

la obra única que Dios realiza en cada persona. Cada criatura es irrepetible, y es el Espíritu Santo quien va formando a Cristo en el corazón de cada creyente.

Además, es fundamental reconocer que el punto de partida y la fuerza que sostiene este camino hacia la santidad es la gracia de Dios, a la que San Juan Eudes denomina “Gracia Divina”. No se trata, por tanto, de un esfuerzo meramente humano ni de la acumulación de méritos propios, sino de una gracia que precede, acompaña y sostiene la vida cristiana. Es esta Gracia la que actúa en lo cotidiano, haciendo posible que cada creyente viva en santidad desde su propia realidad.

Finalmente, no puede ignorarse el contexto cultural de secularización que dificulta la percepción de lo sagrado y, por tanto, del llamado a la santidad. Cuando Dios es relegado a la esfera privada o simplemente ignorado, la pregunta por la santidad pierde su sentido.

Sin embargo, incluso en este contexto, la espiritualidad eudista ofrece recursos valiosos. Su insistencia en la presencia de Dios en todas las cosas y en la posibilidad de ofrecerle cada acción cotidiana puede ayudar a redescubrir la dimensión trascendente de la existencia. Como escribe Eudes: “Acuérdate a menudo de que estás ante Dios y dentro de Dios mismo [...]. Que Jesucristo, por su divinidad, te rodea, te penetra y te colma de tal manera que está en ti más que tú mismo” (Vida y Reino, p. 117).

Esta conciencia de la inmanencia divina puede ser un antídoto eficaz contra el secularismo, no desde la huida del mundo, sino desde la experiencia de que Dios está actuando en el corazón de lo real.

La actualidad de la propuesta eudista para el laicado contemporáneo

Una espiritualidad encarnada

La gran contribución de san Juan Eudes a la espiritualidad laical es, sin duda, su carácter profundamente encarnado. Su método de “formar a Jesús” en nosotros no consiste en evadirse de la realidad, sino en trans-

formarla desde dentro. Cada acción, por humilde que sea, puede ser ocasión de encuentro con Cristo.

Esta visión es particularmente relevante para el laicado contemporáneo, que vive inmerso en las realidades temporales. El cristiano que trabaja en una oficina, que cría a sus hijos, que participa en la vida social y política, necesita una espiritualidad que no lo aleje de esas realidades, sino que le permita vivirlas como camino de santidad.

San Juan Eudes ofrece precisamente eso: una espiritualidad que santifica el trabajo (“Te ofrezco, Jesús, este trabajo en honor de tus trabajos en el mundo”), el descanso (“Te ofrezco, Jesús, el descanso que voy a tomar en honor del reposo eterno que disfrutas”), las relaciones (“Jesús, pon en mi boca lo que quieres que diga”), las penas (“Te ofrezco esta aflicción para honrar tu divina justicia”) (Vida y Reino, Parte VI a).

La comunión de los santos como red de apoyo

Otro aspecto de la espiritualidad eudista que puede iluminar la vida laical es su profundo sentido de la comunión de los santos. Eudes invita constantemente a recurrir a la intercesión de la Virgen María, de los ángeles y de los santos, no como un acto de piedad superficial, sino como una participación real en la vida de la Iglesia celestial.

Para el laico que, a menudo, se siente solo en su camino de fe, esta conciencia de pertenecer a una comunidad que trasciende los límites del tiempo y del espacio puede ser enormemente reconfortante. No estamos solos; caminamos sostenidos por la oración y el ejemplo de quienes nos han precedido en la fe.

Además, de tener en cuenta que con nosotros caminan los “santos de la puerta de al lado”. Contamos con los otros y ellos con nosotros, ya que “nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo” (GE 6). Es decir, hemos de tener en cuenta a los otros, la presencia “de aque-

llos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios” (GE 7)

La misión compartida

finalmente, la espiritualidad eudista subraya la corresponsabilidad de todos los bautizados en la misión de la Iglesia. Si Cristo es la Cabeza y nosotros los miembros, entonces todos tenemos una función que desempeñar en la edificación del Cuerpo.

Esta conciencia es fundamental para el laicado, que no debe concebirse como un simple “ayudante” del clero, sino como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo. La pastoral no es solo cosa de sacerdotes y religiosos; es tarea de todo el Pueblo de Dios. San Juan Eudes, con su insistencia en que el cristiano continúa la vida de Jesús, ofrece una base teológica sólida para esta participación real.

Conclusión: redescubrir la santidad como vocación cotidiana

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un arco de más de tres siglos, desde la intuición profética de san Juan Eudes hasta la enseñanza del papa Francisco, pasando por la consolidación doctrinal del Concilio Vaticano II. En este recorrido, una convicción emerge con claridad: la santidad es para todos, y se realiza en la trama de la vida ordinaria.

San Juan Eudes, desde su siglo XVII, supo ver que el cristiano no está llamado a ser un mero espectador de la santidad de otros, sino a vivir él mismo la vida de Cristo en su propia existencia. El Concilio, al proclamar la “vocación universal a la santidad”, dio forma dogmática a esta intuición. El Papa Francisco, con su lenguaje cercano y su mirada pastoral, nos invita a redescubirla en lo concreto de cada día.

Quizás el mayor desafío que enfrentamos hoy no es tanto convencer a los laicos de este llamado a la santidad, sino ayudarles a creer que es posible. Las desfiguraciones de la santidad —el moralismo, el espiritualismo desencarnado, la imagen de un ideal inalcanzable— han hecho mucho daño. Pero la tradición

viva de la Iglesia, desde Eudes hasta el Papa Francisco, nos ofrece recursos para recuperar el sentido auténtico de esa llamada.

La santidad, nos dice san Juan Eudes, consiste en que “Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes” (Vida y Reino, p. 89). Por tanto, esto no es algo reservado a unos pocos, sino que es la vocación de todos los bautizados. Que el testimonio de quienes nos han precedido en la fe —especialmente de este gran maestro de espiritualidad que fue san Juan Eudes— nos anime a recorrer con alegría y confianza este camino de santidad al que todos hemos sido convocados.



Tomado de : <https://depositphotos.com/es/photos/catolico.html?offset=60&filter=all&qview=8452091>

La herencia viva del laicado: una reflexión teológico - pastoral desde el Concilio Vaticano II

Mg. Wilson Beltrán

Centro de Evangelización Fuego Nuevo

Introducción

En todo tiempo, época y circunstancia la Iglesia ha tenido que afrontar realidades en la cuales ha sido testimonio de verdad y esperanza. El momento actual no escapa a esta misión de ser un faro en medio de un mundo globalizado, digitalizado y fragmentado. Este es el lugar teológico donde la Iglesia a través de la riqueza invaluable de su laicado que hace presencia en todos los ámbitos de la sociedad, ejerce su vocación bautismal de evocar el mandato del Señor Jesús: “Ustedes son la sal de la tierra... la luz del mundo” (Mt 5,13-14).

Por esta razón el concilio Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium* destaca su triple función “Los laicos participan, a su modo, en la función sacerdotal, profética y real de Cristo y ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”.

Paralelamente en la praxis pastoral no se ve reflejado este rol y se reduce a funciones secundarias o incluso a excluir de su papel activo en la vida eclesial. Los vestigios de una iglesia piramidal aún resuenan en algunos egos clericalistas que no permiten una Iglesia más participativa.

En algunos contextos los mismos laicos terminan siendo más radicales clericalistas. Sin embargo, después del Concilio Vaticano II y con el aporte de cada uno de los pontificados se ha venido tomando conciencia de su importancia y función en la vida de la Iglesia. Pero aún, hay un norte muy largo que recorrer.

El presente artículo se propone desarrollar tres ideas fundamentales. La primera es recuperar los fundamentos bíblicos, de la tradición y el magisterio del laicado. La segunda corresponde hacer una lectura de esta herencia a la luz de los desafíos actuales y por último proponer compromisos concretos de acción pastoral.

Desarrollo Temático

A continuación, se desarrollará la temática en cuatro núcleos, organizados en un itinerario teológico-pastoral que parte de los fundamentos bíblicos de la vocación laical, la cual hunde sus raíces en la revelación divina. Este recorrido continúa con la tradición de la Iglesia, expresada en los documentos del Concilio Vaticano II, que destacan una teología de la comunión, donde el laico es reconocido como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo.

Posteriormente, se profundiza en el magisterio pontificio posconciliar, que actualiza progresivamente la teología del laicado mediante la integración de las nuevas realidades históricas y contemporáneas. De este modo, la herencia viva del laicado se hace actual cuando el creyente bautizado asume, desde su fe y su condición secular, una respuesta transformadora ante los grandes problemas que desfiguran el rostro de la humanidad en el siglo XXI.

El laicado en la Sagrada Escritura: Identidad bautismal y vocación al mundo

Cuando se habla del laico, con frecuencia se tiene la concepción de que su vocación corresponde a una realidad tardía en el desarrollo histórico de la Iglesia;

sin embargo, su vocación tiene su origen desde el fundamento bíblico. Esta vocación encuentra su corazón en el llamado que Dios hace a su pueblo, consagrado a Él y enviado para ser testigo de su obrar en la historia.

El Pueblo de Dios, como nación consagrada y portadora de la promesa, tiene la responsabilidad de ser testimonio en medio de las demás naciones: “Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel” (Ex 19,6). En el Nuevo Testamento se reafirma esta vocación cuando se proclama: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9).

Es importante destacar que el Jesús histórico asumió un rol en la sociedad judía que puede comprenderse como el del laico por excelencia, enviado al mundo para transformarlo desde dentro. Una imagen significativa que se encuentra en el Evangelio es la de la levadura: “El Reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (Mt 13,33). Bajo esta imagen, el Evangelio invita a una acción transformadora del creyente, que se traduce en una misión confiada por el mismo Jesús: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Jn 17,18). Posteriormente, la comunidad cristiana interpreta este mandato del Señor y asume la misión encomendada, viviendo el sacerdocio real de los creyentes en la tarea de extender el Reino y servir en el mundo, dando cumplimiento al mandato evangélico de ser “sal de la tierra” y “luz del mundo” (Mt 5,13-14).

La tradición de la Iglesia y el Concilio Vaticano II: herencia viva del laicado

Se puede hablar de puntos de inflexión en la historia de la Iglesia que han determinado el rol y la función de los laicos. Durante los tres primeros siglos del cristianismo, se constata una comunidad de creyentes que vivía en situaciones de martirio, persecución y exilio. Esta realidad favoreció una comprensión de

la Iglesia como comunidad, en la que existían autoridades, pero cuya organización no estaba marcada por estructuras jerárquicas de tipo clericalista.

Posteriormente, con la oficialización del cristianismo como religión del Imperio se pasó progresivamente a una Iglesia de cristiandad que, por su propia estructura, necesitó una organización más jerárquica, llegando a configurarse de manera semejante a la organización política de la sociedad. Este tipo de organización condujo a un desplazamiento del papel del laico y de su participación activa, reduciéndose progresivamente a funciones más reservadas a clérigos, monjes y monjas. De este modo, el laico, durante muchos siglos, fue considerado principalmente como un actor pasivo dentro de la vida eclesial.

Esta forma de Iglesia jerárquica y piramidal predominó hasta tiempos relativamente recientes. El Concilio Vaticano II se convirtió en un nuevo punto de inflexión al retomar la categoría teológica de Pueblo de Dios y, con ella, la reflexión en torno al papel del laico, afirmando que “los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 31, 1964).

Este largo proceso histórico ha traído consigo importantes desafíos, ya que no ha sido fácil concientizar tanto a clérigos como a consagrados y laicos sobre el paso de una Iglesia piramidal a una Iglesia de comunión, en la que el laico es reconocido como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo. En este sentido, el Concilio promulgó también un decreto específico sobre el apostolado laical, en el cual se afirma que “el apostolado de los laicos, que surge de su misma vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia” (Concilio Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 1, 1965).

Como fruto del Concilio Vaticano II se realizaron posteriormente las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas, en las que, además de reconocer la realidad de injusticia social presente en el continente, se evidenció la necesidad y la urgencia de abrir mayores espacios para la participación activa de los laicos

en la vida y misión de la Iglesia. En muchos países de América Latina, esta participación llegó incluso al martirio como expresión de su compromiso bautismal. Casos como los de El Salvador, Guatemala y Nicaragua muestran cómo delegados de la Palabra y catequistas entregaron su vida por defender la fe en contextos hostiles.

Asimismo, en numerosas comunidades, especialmente en territorios de difícil acceso y con escasez de ministros ordenados, los laicos han asumido responsabilidades pastorales fundamentales, llevando la Palabra de Dios y sosteniendo la vida de fe de sus comunidades. Todo ello evidencia un creciente sentido de responsabilidad y conciencia del compromiso del laicado en diversas latitudes del mundo, aunque en ocasiones este servicio continúe siendo infravalorado por actitudes clericalistas.

Sin embargo, permanece la convicción profunda, expresada por el Concilio, de que la Iglesia está llamada a solidarizarse con la humanidad y sus desafíos históricos, pues “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 1, 1965).

Como fruto del Concilio Vaticano II se realizaron posteriormente las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas, en las que, además de reconocer la realidad de injusticia social presente en el continente, se evidenció la necesidad y la urgencia de abrir mayores espacios para la participación activa de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. En muchos países de América Latina, esta participación llegó incluso al martirio como expresión de su compromiso bautismal. Casos como los de El Salvador, Guatemala y Nicaragua muestran cómo delegados de la Palabra y catequistas entregaron su vida por defender la fe en contextos hostiles.

Asimismo, en numerosas comunidades, especialmente en territorios de difícil acceso y con escasez de ministros ordenados, los laicos han asumido res-

ponsabilidades pastorales fundamentales, llevando la Palabra de Dios y sosteniendo la vida de fe de sus comunidades. Todo ello evidencia un creciente sentido de responsabilidad y conciencia del compromiso del laicado en diversas latitudes del mundo, aunque en ocasiones este servicio continúe siendo infravalorado por actitudes clericalistas.

Sin embargo, permanece la convicción profunda, expresada por el Concilio, de que la Iglesia está llamada a solidarizarse con la humanidad y sus desafíos históricos, pues “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias .

El magisterio pontificio posconciliar: de San Pablo VI a León XIV

El magisterio posconciliar ha profundizado y actualizado progresivamente la teología del laicado, integrando nuevas realidades históricas, desde la globalización y la crisis ecológica hasta la revolución digital en la misión evangelizadora. Como ya se describía anteriormente el Concilio Vaticano II se convirtió en un punto de inflexión en el que se recuperó la gran misión del laicado, a partir de la renovación eclesiológica surgió progresivamente la consciencia que la Iglesia debía anunciar el evangelio en contextos culturales, nuevos y cambiantes.

En el pontificado de San Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntianti* insistió que evangelizar constituye la identidad más importante de la Iglesia y por eso destaca el compromiso de los laicos cuando afirma que “cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización” (EN, n.70, 1975).

San Juan Pablo II desarrolló explícitamente el concepto de Nueva evangelización, respondiendo al llamado de evangelizar en todo momento y en todo lugar. Una de las expresiones más usadas en este concepto fue la expresión “nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión” (Juan Pablo II, 1983) y que estaba dirigida

especialmente para aquellos bautizados que se habían alejado del cristianismo e insistió la importancia del laicado en la misión de evangelizar en los diferentes contextos de la sociedad: familia, trabajo, cultura, medios de comunicación.

San Juan Pablo profundiza y enfatiza en la exhortación *Christifideles Laici* que el laico no es un agente periférico o simple espectador, sino que se constituye en un verdadero obrero de la viña del señor “Los fieles laicos... son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo... Id también vosotros a mi viña”. (Juan Pablo II, n. 2, 1988). De esta manera el Pontificado de San Juan Pablo II da un paso importante en la consolidación del laico como discípulo misionero y prepara el posterior terreno para la reflexión de la sinodalidad en la que la participación activa de todos los bautizados se convierte en un principio constitutivo de la vida eclesial.

Durante el pontificado de Benedicto XVI se institucionalizó el concepto de nueva evangelización con la creación en 2010 del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización y la convocatoria en 2012 del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Durante este pontificado se profundizó en la necesidad de que la transmisión de la fe no dependa únicamente de estructuras eclesiales, sino de comunidades vivas donde los laicos asumen corresponsablemente la misión evangelizadora, pues “la fe se transmite principalmente mediante el testimonio de una vida que vive el Evangelio” (Benedicto XVI, 2012).

En el pontificado reciente del Papa Francisco no se habló tanto de nueva evangelización, sino de una Iglesia en salida, que dio pie al desarrollo de la teología de la sinodalidad, entendido como el modo propio de ser y actuar de la Iglesia, pues “la Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, se involucran, acompañan, fructifican y festejan” (Francisco, 2013, n. 24). La sinodalidad implica caminar juntos pastores y laicos en escucha, discernimiento y participación en la misión, ya que “una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha” (Francis-

co, p. 3, 2015). En documentos como *Evangelii Gaudium* y en el proceso del Sínodo sobre la Sinodalidad (2021–2024), se ha insistido en que el laicado no es un grupo auxiliar, sino sujeto activo de la vida y la misión de la Iglesia, dado que “cada bautizado, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador” (Francisco, 2013, n. 120).

En continuidad con el proceso sinodal impulsado por sus predecesores, el pontificado del papa León XIV ha reafirmado la centralidad del laicado como sujeto activo de la misión evangelizadora en la Iglesia contemporánea. En sus catequesis sobre la vocación laical, ha insistido en que la presencia de los laicos en la sociedad constituye un signo visible de la encarnación del Evangelio en la historia, recordando que “la Iglesia está presente en todos los lugares donde sus hijos profesan y testimonian el Evangelio: en los ambientes de trabajo, en la sociedad civil y en todas las relaciones humanas” (León XIV, 2026). Esta perspectiva refuerza la comprensión de una Iglesia sinodal en la que los laicos no solo participan, sino que hacen posible, con su testimonio cotidiano, la presencia misionera de la comunidad cristiana en el mundo.

El laicado ante los desafíos del mundo contemporáneo

En el presente apartado se realizará una lectura teológica pastoral frente a los desafíos del mundo contemporáneo y cómo la herencia viva del laicado asume desde su condición secular un compromiso de fe y dar una respuesta a los grandes problemas que desfiguran el rostro humano en el siglo XXI. A continuación, algunos de esos problemas:

En primer lugar, la pobreza y la exclusión social siguen siendo una realidad que hiere la dignidad humana y desafía la conciencia cristiana en el mundo contemporáneo. Ante esta situación, el laicado está llamado a asumir la opción preferencial por los pobres como expresión concreta de su vocación bautismal, promoviendo la justicia, la solidaridad y la transformación de las realidades que generan desigualdad. Este desafío pastoral compromete al laico a ser signo de esperanza

y corresponsable en la construcción de una sociedad más fraterna, pues “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres” (Francisco, 2013, n. 187).

En este contexto, el secularismo y la descristianización emergen como desafíos significativos en el mundo contemporáneo, al debilitar la referencia a Dios y relegar la fe al ámbito privado. Frente a esta realidad, el laicado está llamado a asumir la nueva evangelización desde una presencia transformadora en las estructuras sociales, culturales y profesionales, dando testimonio coherente del Evangelio en medio de la vida cotidiana. Este compromiso exige que el laico viva su vocación como misión en el mundo, pues “los fieles laicos están llamados por Dios para contribuir, desde dentro, a la santificación del mundo, a modo de fermento” (Juan Pablo II, 1988, n. 34).

Como consecuencia de estas fracturas sociales y culturales, las migraciones forzadas se han convertido en una realidad creciente que revela profundas desigualdades sociales, conflictos y crisis humanitarias que vulneran la dignidad de millones de personas. Ante este escenario, el laicado está llamado a vivir la acogida, la integración y la defensa de los derechos de los migrantes como una auténtica diaconía cristiana, promoviendo una cultura del encuentro y la fraternidad en los distintos espacios de la vida social. Este desafío interpela a los laicos a asumir un compromiso solidario y corresponsable, pues “cada país es también del extranjero, en cuanto los bienes de un territorio no deben negarse a quien los necesita” (Francisco, 2020, n. 124).

En medio de estas dinámicas de vulnerabilidad social, el narcotráfico se presenta como una realidad que fractura el tejido comunitario, genera violencia y debilita la esperanza de numerosas comunidades, especialmente entre los jóvenes y las familias más vulnerables. Frente a esta situación, el laicado está llamado a impulsar una pastoral de acompañamiento, prevención y rehabilitación que promueva la dignidad humana, la cultura del cuidado y la reconstrucción del tejido social. Este compromiso exige una

presencia activa y solidaria en los territorios afectados, reconociendo que “todo está conectado, y la degradación social y humana está íntimamente unida a la degradación ambiental” (Francisco, 2015, n. 48).

En este mismo horizonte de interdependencia, la crisis ecológica y el cambio climático se configuran como un desafío global que compromete el futuro de la humanidad y revela una ruptura en la relación entre el ser humano, la creación y Dios. Ante esta realidad, el laicado está llamado a asumir la ecología integral como expresión de su vocación bautismal, promoviendo el cuidado responsable de la “casa común” y estilos de vida sostenibles que encarnen el Evangelio en lo cotidiano. Este compromiso implica una conversión ecológica que integre fe y acción, reconociendo que “todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global” (Francisco, 2015, n. 240).

En el escenario internacional, los conflictos y las guerras continúan generando sufrimiento, desplazamiento y fracturas profundas en la convivencia humana, debilitando la esperanza de los pueblos y amenazando la fraternidad universal. Ante esta realidad, el laicado está llamado a asumir su vocación como constructor de paz mediante el diálogo, la reconciliación y la promoción de una cultura del encuentro en los distintos ámbitos de la vida social. Este desafío exige una presencia activa y comprometida en la construcción de relaciones fraternas y solidarias, reconociendo que “la paz real y duradera solo es posible desde una ética global de solidaridad y cooperación al servicio de un futuro común” (Francisco, 2020, n. 127).

Finalmente, en el horizonte de los nuevos desafíos de la humanidad, el avance acelerado de la inteligencia artificial (IA) plantea una realidad inédita al transformar la manera de pensar, trabajar y relacionarse, y al mismo tiempo suscitar interrogantes éticos sobre la dignidad humana y el sentido de la vida. Ante esta realidad, el laicado está llamado a ejercer un discernimiento ético responsable que integre la fe y la razón, actuando como puente entre el desarrollo tecnológico y los valores evangélicos en los distintos ámbitos profesionales y sociales. Este compromiso pastoral exi-

ge promover una cultura digital al servicio del bien común, reconociendo que “el desarrollo tecnológico debe estar orientado al respeto de la dignidad humana y al servicio de la persona en todas sus dimensiones” (Dicasterio para la Doctrina de la Fe, 2025, n. 12).

Conclusiones

Este artículo ha permitido afirmar que el laicado constituye una herencia viva de la Iglesia, no solo por su continuidad histórica, sino por su identidad teológica radicada en el bautismo, que lo configura permanentemente como sujeto eclesial enviado al mundo. Desde esta perspectiva, el laico no es un actor secundario ni un simple colaborador de la acción pastoral, sino un verdadero protagonista de la misión evangelizadora, llamado a hacer presente el Evangelio en las realidades temporales mediante su testimonio de vida, su compromiso social y su responsabilidad cristiana en la transformación de la sociedad.

Asimismo, se ha evidenciado que la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio convergen en reconocer la vocación del laico como mediación privilegiada a través de la cual la Iglesia ejerce su misión en el mundo. Esta articulación de las fuentes revela que la dimensión secular del laicado no es una limitación, sino una gracia y una responsabilidad que lo sitúa en el corazón de los procesos culturales, sociales y políticos, donde su presencia se convierte en signo de comunión, servicio y esperanza. De este modo, la herencia viva del laicado se manifiesta en su capacidad de encarnar la fe en la vida cotidiana y de anunciar el Evangelio desde dentro de las estructuras del mundo. En este contexto, los signos de los tiempos que caracterizan el siglo XXI como la pobreza y la exclusión social, las migraciones forzadas, la crisis ecológica, las violencias estructurales y el avance de la inteligencia artificial no deben interpretarse únicamente como amenazas o crisis, sino como llamadas providenciales que interpelan la conciencia cristiana y dinamizan la vocación bautismal del laicado.

Estos desafíos exigen una respuesta pastoral creativa y comprometida que promueva la dignidad humana, la fraternidad universal y el cuidado de la casa común,

reconociendo que la misión de la Iglesia se realiza en la historia concreta de la humanidad y en las realidades donde se juega el sentido de la vida y la esperanza de los pueblos.

Referencias bibliográficas.

Benedicto XVI. (2012, octubre 7). Homilía en la apertura del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Libreria Editrice Vaticana.

Dicasterio para la Doctrina de la Fe. (2025). *Antiqua et nova*: Nota sobre la relación entre inteligencia artificial y dignidad humana. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2013). *Evangelii gaudium*: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2015). *Laudato si'*: Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2015, octubre 17). Discurso con ocasión del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2020). *Fratelli tutti*: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social. Libreria Editrice Vaticana.

Juan Pablo II. (1983, marzo 9). Discurso a la XIX Asamblea del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Libreria Editrice Vaticana.

Juan Pablo II. (1988). *Christifideles laici*: Exhortación apostólica post-sinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Libreria Editrice Vaticana.

León XIV. (2025). Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Libreria Editrice Vaticana.

León XIV. (2026, abril 1). Catequesis sobre el papel de los laicos en la Iglesia. Libreria Editrice Vaticana.

La evangelización en la Amazonía y sus vínculos con el Concilio Vaticano II

Dr. Alirio Raigozo

Director Centro de Pensamiento Rafael García Herreros

Resumen

Este artículo analiza los retos de la evangelización y la pastoral en la Amazonía a partir de los clamores registrados en la VI Asamblea General de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA), celebrada en Bogotá del 16 al 20 de marzo de 2026.

A partir de notas de observación participante, el texto identifica los gritos de tres sujetos eclesiales fundamentales —la vida religiosa, los jóvenes y los presbíteros— y los pone en diálogo con los documentos clave del Concilio Vaticano II (1962–1965).

La tesis central sostiene que los desafíos pastorales amazónicos no son una novedad radical, sino la actualización contextual de las intuiciones más audaces del Vaticano II: la Iglesia-Pueblo de Dios, la opción por los pobres, la conversión pastoral, la sinodalidad, la inculturación del Evangelio y la ecología integral. El método empleado es el ver-juzgar-actuar, enriquecido con el análisis de los documentos conciliares, del Sínodo Amazónico y de los horizontes pastorales de la CEAMA.

Palabras clave: CEAMA, evangelización, Amazonía, Concilio Vaticano II, sinodalidad, inculturación, Iglesia-Pueblo de Dios, vida religiosa, pastoral juvenil, presbiterado, ecología integral.

Introducción

El 17 de octubre de 1962, Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II con la convicción de que la Iglesia debía leer los signos de los tiempos y abrirse al mundo con una nueva primavera de esperanza. Poco más de

60 años después, el 16 de marzo de 2026, más de un centenar de pastores, religiosas - religiosos, laicos y pueblos originarios se reunían en Bogotá para la VI Asamblea General de la CEAMA, convocados por una intuición análoga: la Iglesia que camina por el mayor bioma del planeta (la Amazonía) está llamada a renovar sus caminos de evangelización desde la escucha, el discernimiento y la corresponsabilidad.

La Amazonía es, en palabras del Papa Francisco, un lugar teológico donde la Buena Nueva se pone a prueba en sus dimensiones más exigentes: la defensa de la vida amenazada por el extractivismo, el diálogo con culturas milenarias, la búsqueda de ministerios que sostengan comunidades aisladas y la urgencia de una ecología integral que vincule el clamor de los pobres con el grito de la tierra.

En un territorio de 8 millones de kilómetros cuadrados, distribuidos en nueve países y articulados eclesialmente en 105 jurisdicciones con 4.206 presbíteros para atender a miles de comunidades muy dispersas en el territorio, la Iglesia vive en estado de misión y de frontera permanentes.

Las reflexiones de este artículo nacieron de la presencia participativa de la Facultad de Estudios Bíblicos y Pastorales-FEBIPE en la VI Asamblea General de la CEAMA los días 17 y 18 de marzo de 2026, en calidad de “equipo de apoyo metodológico”. Las notas de trabajo tomadas en ese encuentro ofrecen un material cualitativo de primera mano que permite identificar los gritos de tres sujetos eclesiales centrales: la vida religiosa, los jóvenes y los presbíteros. El objetivo es analizar los vínculos entre esos clamores y las opciones clave del Vaticano II, demostrando que la agenda pastoral amazónica es, en gran medida, un eco claro (con evi-

dentes evoluciones) de la agenda conciliar aplicada a un contexto de frontera radical.

La CEAMA: un organismo eclesial inédito al servicio de la Amazonía

Génesis y naturaleza

La Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) nació oficialmente el 29 de junio de 2020 como respuesta directa al mandato del Documento Final del Sínodo Especial para la Región Panamazónica (Roma, octubre de 2019).

El 9 de octubre de 2021 fue erigida canónicamente por el Papa Francisco como entidad jurídica, pública y eclesiástica. Su singularidad radica en que no es una conferencia episcopal, sino una conferencia eclesial que integra, con voz y voto, a obispos, presbíteros, vida consagrada y laicos —incluidos representantes de pueblos originarios— en un mismo espacio de discernimiento pastoral. Esta naturaleza plural y sinodal la convierte en una novedad en la historia reciente de la Iglesia católica. En palabras del Cardenal Pedro Barreto en la apertura de la VI Asamblea: “Somos obreros del sueño de Dios para ser una Iglesia sinodal de comunión, participación y misión con rostro amazónico.”

La CEAMA articula su misión en torno a cuatro ejes: (1) escuchar-visibilizar-intercambiar; (2) dinamizar la práctica pastoral en clave sinodal; (3) procesos de comunicación y formación; y (4) diálogos, alianzas y consolidación institucional.

La CEAMA trabaja en estrecha colaboración con la Red Eclesial Panamazónica (REPAM), la Red de Educación Intercultural Bilingüe Amazónica (REIBA) y el Programa Universitario Amazónico (PUAM), conformando un ecosistema eclesial que intenta responder a la complejidad social, ecológica, cultural y religiosa del bioma y sus habitantes.

La VI Asamblea General (2026): contexto y horizonte

La VI Asamblea General, celebrada en Bogotá del 16 al 20 de marzo de 2026, reunió a más de un centenar de participantes con tres objetivos centrales: (1) aprobar los Horizontes Pastorales Sinodales para el período 2026–2030; (2) definir una nueva estructura organizativa y elegir la nueva Presidencia, la cual recayó en el Cardenal Leonardo Ulrich Steiner, OFM, Arzobispo de Manaos.

El proceso preparatorio incluyó más de 75 espacios eclesiales amazónicos de escucha y discernimiento y consultas en las Iglesias particulares de nueve países. La Asamblea aprobó cuatro horizontes pastorales: (1) Anunciar el Evangelio con rostro amazónico; (2) Crecer como Iglesia sinodal, reconociendo la ministerialidad de la mujer y el protagonismo de las juventudes; (3) Vivir la ecología integral, denunciando el extractivismo; y (4) Animar la comunión y la sostenibilidad.

La CEAMA como recepción creativa del Vaticano II

Comprender adecuadamente la CEAMA exige situarla en la larga tradición de recepción latinoamericana del concilio Vaticano II. El Concilio abrió la puerta a una comprensión renovada de la Iglesia como Pueblo de Dios en peregrinación (LG, cap. II), como servidora del mundo (GS, preámbulo) y como comunidad misionera en salida (AG 2).

América Latina recibió y profundizó estas intuiciones conciliares particularmente en la Conferencias de Medellín (1968), Puebla (1979) y Aparecida (2007). La CEAMA es el fruto más reciente y audaz de esta tradición: su estructura pluralista y sinodal encarna el sueño conciliar; su atención prioritaria a los pueblos indígenas realiza la opción preferencial por los pobres; su apuesta por la inculturación responde al mandato de *Ad Gentes*; y su dimensión socioambiental prolonga, en clave ecológica, la apertura al mundo de *Gaudium et Spes*.

2. Los clamores de la vida religiosa en la Amazonía

Las notas de la VI Asamblea General recogen con nitidez la voz de la vida religiosa amazónica: una voz que combina la gratitud por décadas de entrega misionera con la urgencia de ser escuchada en sus necesidades más apremiantes.

El primer dato que emerge es el carácter profético y fronterizo de esta presencia: “La vida religiosa femenina es la que más se arriesga a dar pasos audaces, colocándose en las causas donde la vida es herida: en el cuidado de la Casa Común, el enfrentamiento a las violencias y la defensa de los territorios y pueblos amenazados.” Esta presencia profética conecta directamente con el decreto conciliar *Perfectae Caritatis* (PC 2), que llama a los institutos religiosos a una renovación inspirada en el Evangelio, los carismas fundacionales y los signos de los tiempos. En la Amazonía, esos signos tienen nombres concretos: minería ilegal, deforestación, asesinatos de líderes indígenas, trata de personas.

La práctica de la “intercongregacionalidad” —redes de articulación y solidaridad entre congregaciones— emerge de las notas como una fortaleza decisiva que actualiza el espíritu del Vaticano II, el cual subrayó la comunión como categoría teológica fundamental de la Iglesia (LG 4, 13). Las redes eclesiales amazónicas (REPAM, CEAMA, REIBA) son una realización contemporánea de esa comunión.

Desafíos críticos y prioridades

Las notas identifican cinco desafíos estructurales:

- El primero y más urgente es el clericalismo: “A pesar de los aportes significativos de la vida religiosa femenina, hay poco reconocimiento y falta de espacios eclesiales para que las mujeres estén en las esferas de toma de decisiones.” En el contexto amazónico, donde las religiosas sostienen cerca del 70% de las actividades pastorales cotidianas en zonas de difícil acceso, esta exclusión resulta especialmente grave. El Vaticano II abrió el horizonte al afirmar que to-

dos los bautizados participan del sacerdocio común de Cristo (LG 10), pero la implementación en estructuras concretas de participación/decisión de las mujeres sigue siendo una tarea pendiente, aunque se puedan citar casos esporádicos, que aparecen como “noticia”.

- El segundo desafío es el contexto de riesgo y violencia, que ha producido mártires contemporáneos que siguen la huella de Dorothy Stang.
- El tercero es el aislamiento geográfico y la fraternidad amenazada.
- El cuarto, la escasez de personal y el envejecimiento de los misioneros.
- El quinto, la sostenibilidad económica de la vida religiosa masculina y femenina.

Frente a este cuadro, las demandas de la vida religiosa se agrupan en tres ejes: (1) la superación del clericalismo y el fortalecimiento de la sinodalidad; (2) la articulación y la formación —que los documentos del proceso amazónico bajen a la realidad con un lenguaje sencillo y una pedagogía contextualizada—; y (3) la defensa de la vida y el apoyo a la misión en las fronteras. *Gaudium et Spes* (GS 27) condenó los crímenes contra la dignidad humana, y la CEAMA es convocada a ser la voz institucional que denuncia las violaciones de derechos en el territorio amazónico.

3. Los clamores de los jóvenes en la Amazonía

Identidad, protagonismo y cultura del desencanto

Las voces juveniles recogidas en las notas de la Asamblea revelan una tensión constitutiva de la existencia de los jóvenes amazónicos: habitar simultáneamente dos mundos que frecuentemente se perciben como incompatibles: “Los jóvenes se encuentran entre la mentalidad indígena y la atracción de la mentalidad moderna, sobre todo cuando emigran a las ciudades. Se necesitan programas para fortalecer su identidad

cultural y, al mismo tiempo, para ayudarlos a entrar en diálogo con la cultura urbana moderna.” El Vaticano II, en *Gaudium et Spes* (GS 58), reconoció que la Iglesia puede enriquecerse con las culturas de cada época y pueblo. Los jóvenes amazónicos son testigos vivos de la necesidad de inculturación, pero aquí entra en juego dos cosas ¿cómo se entiende la inculturación? Y ¿qué revelan las prácticas llamadas “inculturación” vistas desde la interculturalidad crítica?

Una de las demandas más transversales es la de ser reconocidos no como futuro sino como presente activo de la Iglesia: “Los jóvenes son el presente de la Iglesia, por lo que su participación y protagonismo deben ser promovidos en todos los procesos pastorales.” *Apostolicam Actuositatem* (AA 12) llamó a favorecer el apostolado de los jóvenes con los jóvenes.

Los jóvenes amazónicos no piden caridad pastoral: piden que la Iglesia reconozca la acción del Espíritu que ya opera en ellos —en sus iniciativas de reforestación, radios comunitarias, proyectos de economía solidaria, defensa territorial y oportunidades de desarrollo en, desde y en consonancia con su “territorio”. Las notas lo expresan con urgencia: “Hay que poner mucho cuidado al tema de los jóvenes, que no encuentran espacio, que tienen posibilidades reducidas. Si no se cuida a los jóvenes, ¿dónde queda eso de la Iglesia que se renueva?”

Educación intercultural y mundo digital

Hay una clara demanda de educación contextualizada que respete la identidad amazónica. El Sínodo de 2019 la recogió en el mandato de crear una red escolar de educación bilingüe. La respuesta más concreta a esta necesidad ha sido el Programa Universitario Amazónico (PUAM), que articula saberes ancestrales con metodologías contemporáneas desde un enfoque transdisciplinar.

El Vaticano II, en *Gravissimum Educationis* (GE 1), reconoció el derecho de todo ser humano a la educación; en el contexto amazónico, este derecho ha sido históricamente distorsionado por modelos educativos coloniales. También se registra la demanda

de acceso al mundo digital, pero sin perder identidad: “los jóvenes amazónicos manejan teléfonos y redes para contarle al mundo las amenazas y los sueños de su tierra.” La Asamblea reconoció que la comunicación digital es un eje transversal de la acción pastoral.

El diagnóstico sobre el distanciamiento eclesial de los jóvenes es sombrío pero honesto. La causa no es la indiferencia religiosa abstracta, sino la experiencia de una Iglesia que no los escucha o que pretende escucharlos, pero no logra sintonizar con sus necesidades, sueños y mentalidades...una Iglesia que —según lo afirman ellos mismos— “no les abre espacios de participación real.”

Gaudium et Spes (GS 4) llamó a leer los signos de los tiempos con los ojos de la fe. El desencanto de los jóvenes no es una amenaza sino una interpelación que llama a renovar las formas de presencia eclesial. La respuesta que propone la CEAMA es estructural: programas permanentes de participación juvenil, liderazgos territoriales reconocidos y espacios de corresponsabilidad eclesial.

4. Los clamores de los presbíteros en la Amazonía

El drama de la escasez, el aislamiento y la formación inculturada

La VI Asamblea registra con honda preocupación la situación de los presbíteros en la Amazonía. La desproporción numérica es el trasfondo estructural de casi todas sus necesidades: según los números presentados en la Asamblea, hay 4.206 presbíteros para atender 2.581 parroquias, zonas pastorales y áreas misioneras en 105 jurisdicciones de nueve países. Detrás de estas cifras hay hombres concretos que ejercen su ministerio en condiciones de soledad, aislamiento y fragilidad.

“Se resaltó el valor de la escucha y acompañamiento a los pueblos originarios, así como la realidad de la soledad de los sacerdotes y misioneros en territorios marcados por grandes distancias geográficas, complejidades sociales e inseguridad.” Se insistió: “La soledad no es solo geográfica: es también espiritual, fraterna e

institucional.” El decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis* (PO 8) subrayó la necesidad de que los presbíteros cultivaran la fraternidad entre sí; la CEAMA es convocada a construir redes de comunión que permitan que los sacerdotes misioneros no caminen ni se sientan solos.

La segunda demanda fundamental es una formación que nazca de la realidad amazónica y no de esquemas importados: “La formación para el ministerio ordenado debe ser una escuela comunitaria de fraternidad, experiencial, pastoral y doctrinal, en contacto con la realidad de las personas, en armonía con la cultura y la religiosidad locales, próxima a los pobres.” Los propios presbíteros añaden con lucidez autocrítica: “La formulación es clara, pero la tarea está por hacerse.”

Esta demanda conecta con *Optatum Totius* (OT 1), que llamó a renovar los seminarios desde el Evangelio y los signos de los tiempos. El Seminario Intervi-carial de la Amazonía Peruana, creado en 2022 con ocho vicariatos, es un primer paso concreto, pero es sólo un comienzo.

El clericalismo y la cuestión eucarística

Las discusiones de la VI Asamblea registran una demanda que viene del propio grupo presbiteral: la superación del clericalismo. “Aún hay mucho clericalismo: concentración ministerial en la figura del sacerdote, pero falta reconocer la importancia del bautismo como clave para vivir y construir la sinodalidad.” Pero también afirmaron “Con frecuencia hay laicos que son aún más clericales que nosotros”. La mentalidad y las prácticas clericales están muy arraigadas en todos.

El Vaticano II propuso una eclesiología del Pueblo de Dios donde el ministerio ordenado se entiende en, desde la comunidad eclesial y está a su servicio y no por encima de ella (LG 32).

En el contexto amazónico, el clericalismo tiene consecuencias especialmente graves: impide que las mujeres sean reconocidas, bloquea el protagonismo de los laicos y mantiene a las comunidades en dependencia sacramental cuando el sacerdote no puede llegar: “La eclesiología sigue muy centrada en una

especie de sacramentalismo, que es diferente de la sacramentalidad bien entendida.”

Una de las cuestiones que más debates generó es la accesibilidad eucarística: “En algunas regiones remotas, las comunidades pasan meses, incluso años, sin celebrar la Eucaristía debido a una grave escasez de sacerdotes.” El Vaticano II afirmó que la Eucaristía es “fuente y culmen de toda la evangelización” (PO 5). Esta paradoja estructural impulsó al Sínodo de 2019 a plantear los *viri probati* como posible respuesta.

Lo que se registra en la VI Asamblea es una demanda más amplia: reconocer y formalizar los ministerios que ya existen en las comunidades y abrirse a formas ministeriales que vayan emergiendo en el contexto amazónico. Las mujeres lo expresan con claridad: “Queremos el reconocimiento oficial de los ministerios que ya estamos desarrollando, sin caer en clericalismo. No queremos estolas.” El Vaticano II abrió este horizonte al hablar de los ministerios y carismas del Pueblo de Dios (LG 12, AA 3).

5. Los gritos amazónicos y el Concilio Vaticano II: articulación sistemática

Iglesia-Pueblo de Dios: el horizonte eclesiológico

El capítulo II de *Lumen Gentium*, dedicado al Pueblo de Dios, es el texto conciliar que más directamente dialoga con la propuesta eclesial de la CEAMA. Al situar la jerarquía dentro y al servicio del Pueblo de Dios, el Concilio afirmó que la primera categoría teológica para comprender la Iglesia no es el ministerio ordenado sino la pertenencia bautismal de todos los fieles (LG 13). Esta es una de las claves mayores del discurso actual sobre sinodalidad e iglesia sinodal. La CEAMA encarna esta eclesiología de manera singular: su composición plural —obispos, presbíteros, religiosas, laicos, pueblos indígenas— es la afirmación práctica de que la Iglesia no se agota en la jerarquía.

Muchas de las intervenciones que tuvieron lugar en la Asamblea de la CEAMA registran algunas preguntas de fondo que recorren todos los horizontes: “¿Qué

eclesiología se requiere para que se logre ese rostro amazónico del que se habla? ¿Qué se entiende propiamente por “rostro amazónico” de la Iglesia? ¿Qué lugar ocupa en esa visión eclesial la mujer?” La respuesta implícita es clara: la eclesiología del Pueblo de Dios, renovada y contextualizada. Un aspecto fundamental que emergió repetidamente es la insistencia en la vocación bautismal como fundamento de toda ministerialidad: el bautismo es el sacramento que hace de todos los fieles sujetos activos de la misión.

La opción por los pobres: de Medellín a la Amazonía

Aunque la opción preferencial por los pobres no aparece explícitamente en los textos del Vaticano II, está implícita en *Gaudium et Spes*. GS 1 abre el documento con la famosa declaración de solidaridad con los que sufren, y especialmente con los pobres.

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.

En la Amazonía, los pobres tienen rostros muy concretos: pueblos indígenas despojados de sus territorios, mujeres víctimas de violencias, jóvenes sin acceso a educación de calidad, misioneros en soledad y precariedad. Las intervenciones de muchos de los participantes en la Asamblea de la CEAMA así lo expresan: “No hay futuro para la humanidad sin cuidado ambiental, sin justicia ambiental.” Pero también la conciencia de que la acción social de la Iglesia tiene un límite: “Ni a la Iglesia en general ni a la CEAMA en particular les corresponde reemplazar al Estado, sino formar y apoyar desde el Evangelio el compromiso

de los cristianos con la transformación de la sociedad.” Esta distinción entre acción directa y formación de laicos en la transformación social es plenamente conciliar (GS 76; AA 7). Esta acción de los laicos en la sociedad exige el redescubrimiento y la revitalización de la dimensión social del Evangelio y de la fe cristiana, así como la formación adecuada para que los laicos puedan ejercer, en nombre de su fe, una presencia social significativa y un impacto en las “cosas temporales”:

Es preciso, con todo, que los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal, y que, conducidos por la luz del Evangelio y por la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana, obren directamente y en forma concreta en dicho orden; que cooperen unos ciudadanos con otros, con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia; y que busquen en todas partes y en todo la justicia del reino de Dios. Hay que establecer el orden temporal de forma que, observando íntegramente sus propias leyes, esté conforme con los últimos principios de la vida cristiana, adaptándose a las variadas circunstancias de lugares, tiempos y pueblos. Entre las obras de este apostolado sobresale la acción social de los cristianos, que desea el Santo Concilio se extienda hoy a todo el ámbito temporal, incluso a la cultura. (Apostolicam Actuositatem, Capítulo II, N° 7)

6. Conversión pastoral, sinodalidad e inculturación del Evangelio

De la iglesia de mantenimiento a la Iglesia misionera

Uno de los diagnósticos más críticos de la VI Asamblea es el de la permanencia en un estado de Iglesia y pastoral de mantenimiento: “En algunas regiones, la presencia de la Iglesia es tímida, enfocada en la sacramentalización, y sin la suficiente fuerza profética.” Este modelo, centrado en la administración sacramental y en la reproducción de estructuras heredadas sin apertura a la misión, es precisamente lo que el Concilio Vaticano II intentó superar con su llamado al *aggiornamento*.

Ad Gentes (AG 2) afirmó que la Iglesia es misionera por naturaleza. Las notas formulan con claridad la conversión pastoral que se necesita: “Más que el hacer co-

sas, hay que trabajar la dimensión espiritual, actitudinal y ética. Comenzar por el espíritu para despuntar en acciones contextuales focalizadas y sostenibles en el tiempo.” Es el mismo movimiento que el Concilio propuso: la reforma de las estructuras brota de la renovación del Espíritu.

Sinodalidad: el camino conciliar y su actualización amazónica

El término sinodalidad no aparece explícitamente en los documentos del Vaticano II, pero la realidad que designa es plenamente conciliar¹: LG 12 habló del *sensus fidei* como capacidad de todo el Pueblo de Dios de discernir la verdad del Evangelio; LG 22 desarrolló la colegialidad episcopal como forma de gobierno corresponsable; GS 92 llamó al diálogo dentro de la Iglesia y con el mundo. El Sínodo de 2021–2024 reconoció que la Iglesia amazónica es un laboratorio de sinodalidad para la Iglesia universal. Algunas de las intervenciones que tuvieron lugar en la Asamblea de la CEAMA recogen esta conciencia: “Pongo el acento en la dimensión comunitaria de la conversión sinodal. Lo otro es consecuencia de esta conversión comunitaria.”

Pero las discusiones registran también las tensiones: la distinción entre el rol de articulación supralocal de la CEAMA y la responsabilidad de las iglesias locales es esencial para una sinodalidad auténtica y no centralista. Por ello es necesario cuidar el lenguaje para referirse a la CEAMA, a su rol, a sus objetivos y tareas: “Cuidar los verbos para que no se dé la impresión de que es la CEAMA la que va a hacer todo. Las que hacen son las iglesias locales. La CEAMA anima, articula, acompaña, sugiere.”

Inculturación del Evangelio: Ad Gentes y la Amazonía

El decreto *Ad Gentes* es el texto conciliar que más directamente dialoga con la demanda de inculturación. 22 afirmó que las jóvenes Iglesias deben tomar de las costumbres y tradiciones de sus propios pueblos todo aquello que pueda

contribuir a confesar la gloria del Creador. Esta afirmación es el fundamento teológico de la demanda amazónica de un proceso de inculturación litúrgica, pastoral y teológica que no sea reedición (disfrazada) de la colonización, sino un diálogo genuino de saberes.

Algunas de las intervenciones de los participantes en la Asamblea registran tanto la urgencia como las dificultades: “No hay una visión consensuada de qué es la inculturación. Además, persiste el peligro de nuevas formas de colonialismo.” La advertencia es teológicamente pertinente: la inculturación auténtica exige escucha profunda, diálogo de saberes y disposición a ser transformados por la cultura del otro (no es algo unidireccional solamente).

En este contexto, se registra, además, un debate significativo sobre el llamado rito amazónico, distinguiéndolo de una simple “liturgia adaptada del rito romano al contexto amazónico”, un camino gradual que el Concilio ya autorizó en *Sacro-sanctum Concilium* (SC 37-40). De hecho, no hay consenso entre los participantes sobre si lo que se busca es un nuevo rito (rito amazónico) o la adaptación del rito romano a la realidad amazónica. La discusión está abierta.

7. Ecología integral, la mujer en la Iglesia y horizontes pastorales

Ecología integral: *Gaudium et Spes* y *Laudato Si*

Gaudium et Spes (GS 34-36) afirmó la bondad del mundo creado y la responsabilidad del ser humano de cuidarlo. Esta apertura conciliar al mundo preparó el camino para la recepción de la ecología como categoría teológica.

El Papa Francisco, en *Laudato Si* (2015) y *Laudate Deum* (2023), desarrolló esta intuición hasta convertirla en una elaborada teología de la ecología integral, que vincula el cuidado de la creación con la justicia social, los derechos de los pueblos indígenas y la transformación de los estilos de vida.

Algunas de las intervenciones de la VI Asamblea registran esta perspectiva: “Las realidades ambientales no pueden separarse de los aspectos sociales, culturales y espirituales.” Y con mayor urgencia: “Hay que asegurar acompañamiento ante la crisis social y ambiental (por eso hay mártires en los procesos de evangelización en la Amazonía).” El martirio ecológico es la expresión más radical de la conexión entre fe y ecología en el contexto amazónico.

El tercer horizonte pastoral aprobado por la VI Asamblea, “Vivir la ecología integral”, contempla la pedagogía pastoral del cuidado de la casa común, la denuncia por el agua como derecho fundamental y el desarrollo de liderazgos territoriales para indígenas, mujeres y jóvenes.

La mujer en la Iglesia: entre el reconocimiento y la transformación pendiente

Los trabajos de grupo de la VI Asamblea registran uno de los debates más cargados de tensión: el lugar de la mujer en la Iglesia amazónica. La demanda se formula con firmeza y lucidez: “Difícil de entender que, si la patrona de la Amazonía es María, ¿cómo hemos invisibilizado tanto a la mujer en la Amazonía?”

Gaudium et Spes (GS 29) afirmó la igual dignidad personal de hombres y mujeres y la necesidad de superar toda forma de discriminación. *Apostolicam Actuositatem* (AA 9) reconoció el apostolado de la mujer en la Iglesia. *Lumen Gentium* (LG 12) atribuyó al Espíritu la distribución de sus dones entre todos los miembros del Pueblo de Dios, sin distinción de género. Sin embargo, la aplicación práctica en el campo de los ministerios eclesiales sigue siendo un horizonte abierto y disputado.

La perspectiva amazónica aporta datos empíricos ineludibles: son las religiosas y las mujeres laicas quienes, en gran medida, sostienen la Iglesia cotidiana en la selva, quienes lideran comunidades eclesiales de base, catequizan, celebran liturgias de la Palabra, acompañan enfermos y defienden territorios. Ignorar este protagonismo

es una contradicción interna que la Asamblea de la CEAMA pone en evidencia con especial nitidez.

Horizontes pastorales para la renovación eclesial

La primera propuesta que emerge de la articulación entre los clamores amazónicos y el Vaticano II es la necesidad de una eclesiología de la misión encarnada: una comprensión de la Iglesia que parta de los pueblos y no de las estructuras; que parta de las periferias y no del centro. “Cuando se habla de Iglesia con rostro amazónico no se habla desde el punto de vista étnico, sino de una forma característica de ser Iglesia por su manera de encarnarse e inculturarse en el vasto territorio.”

La segunda propuesta es la construcción de una Iglesia genuinamente ministerial y corresponsable, donde el bautismo sea el fundamento real de todos los ministerios. La Amazonía es el contexto donde esta eclesiología ministerial puede realizarse con mayor urgencia: donde no hay sacerdote, la comunidad descubre (debe hacerlo) sus propios ministerios, presididos por el Espíritu.

La tercera propuesta es profundizar en la “mística de la colaboración”, no como recurso organizativo sino como actitud espiritual, siempre bajo la convicción de que la misión es de Dios antes que de la Iglesia. La propuesta concreta de hermanamiento misionero entre jurisdicciones fuertes y jurisdicciones débiles es una expresión práctica de esta mística, que recuerda la koinonía de bienes de la comunidad primitiva (Hch 4,32-35) y la solicitud de las Iglesias entre sí que el Concilio propugnó en AG 38.

8. Conclusiones

El recorrido por las notas tomadas durante la VI Asamblea General de la CEAMA, puestas en diálogo con los textos del Concilio Vaticano II, permite formular las siguientes conclusiones:

Primera. Los gritos de la Amazonía no son anomalías eclesiales, sino la actualización contextual más urgente de las intuiciones más audaces del Vaticano II. La demanda de una Iglesia sinodal, inculturada, ministerialmente plural, abierta al mundo y comprometida con los pobres es exactamente la agenda conciliar aplicada a un contexto de frontera radical. La Amazonía no está al margen de la recepción del Concilio: es uno de sus laboratorios más creativos y exigentes.

Segunda. La CEAMA representa una novedad eclesial significativa que encarna el modelo de Iglesia-Pueblo de Dios propuesto por *Lumen Gentium*. Su composición plural, su método sinodal y su vocación de servicio a las Iglesias locales amazónicas son expresiones concretas de la eclesiología conciliar. Su desafío es consolidarse como organismo de animación y articulación sin caer en nuevas formas de centralismo o clericalismo institucional.

Tercera. Los clamores de la vida religiosa —especialmente de la vida religiosa femenina— apuntan a la necesidad urgente de superar el clericalismo como distorsión del modelo eclesial conciliar. El reconocimiento de los ministerios que las mujeres ya ejercen en la Amazonía, la apertura de espacios de decisión y la valoración de su contribución profética no son concesiones a la cultura contemporánea: son fidelidades al Concilio y al Evangelio.

Cuarta. Los clamores de los jóvenes amazónicos revelan una generación que no ha abandonado la fe, pero sí ha perdido la confianza en las estructuras eclesiales que no los escuchan. La respuesta no puede ser una pastoral juvenil importada o decorativa: debe ser una conversión de las

estructuras eclesiales hacia una participación real y corresponsable de los jóvenes en todos los procesos de la Iglesia.

Quinta. Los clamores de los presbíteros apuntan a la necesidad de una conversión integral del ministerio sacerdotal: de la soledad a la fraternidad presbiteral, del clericalismo a la sinodalidad, de la formación ajena a la inculturación amazónica, de la “iglesia de mantenimiento” a la misión en salida. Esta conversión no puede ser individual: requiere estructuras de apoyo, acompañamiento y sostenimiento que la Iglesia debe garantizar a sus ministros en las fronteras.

Sexta. La Amazonía es, en palabras del Papa León XIV en su mensaje a la VI Asamblea, un “árbol gigante como el shihuahuaco” que crece lentamente, pero puede vivir más de mil años. La Iglesia que camina en la Amazonía es también ese árbol: crece despacio, en silencio, sin grandes anuncios, pero sus raíces llegan hasta el agua y su copa da sombra a los que buscan descanso. Cuidarla, sostenerla y renovarla es una responsabilidad que el Vaticano II encomendó a toda la Iglesia y que la CEAMA asume con renovado compromiso pastoral.

Referencias bibliográficas

Documentos eclesiales

CELAM. (2021). Hacia una Iglesia sinodal en salida a las periferias. Reflexiones y propuestas pastorales a partir de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. CELAM.

Concilio Vaticano II. (1963). Documentos. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm

Conferencia Eclesial de la Amazonía. (2020). Constitución de la CEAMA. CEAMA. <https://ceama.org>

Conferencia Eclesial de la Amazonía. (2025a, agosto 13). Jóvenes de la Amazonía: custodios de la esperanza, protagonistas de los desafíos. CEAMA. <https://ceama.org/jovenes-de-la-amazonia-custodios-de-la-esperanza-protagonistas-de-los-desafios-dia-internacional-de-la-juventud/>

Conferencia Eclesial de la Amazonía. (2025b, agosto 13). La Conferencia Eclesial de la Amazonía avanza hacia su primer Plan Apostólico Sinodal. CEAMA. <https://ceama.org/la-conferencia-eclesial-de-la-amazonia-avanza-hacia-su-primer-plan-apostolico-sinodal-con-activa-participacion-de-la-iglesia-local/>

Francisco. (2015). Laudato Si: Sobre el cuidado de la casa común [Encíclica]. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francisco. (2020). Querida Amazonia [Exhortación Apostólica Postsinodal]. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20200202_querida-amazonia.html

Francisco. (2023). Laudate Deum: A todas las personas de buena voluntad sobre la crisis climática [Exhortación Apostólica]. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/20231004-laudate-deum.html

León XIV. (2026, 17 de marzo). Videomensaje a los participantes en la VI Asamblea de la Conferencia Eclesial de la Amazonía [CEAMA]. Libreria Editrice Vaticana. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/messages/pont-messages/2026/documents/20260317-messaggio-ceama.html>

Sinodo de los Obispos para la Región Panamazónica. (2019). Nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral [Documento Final]. Libreria Editrice Vaticana. <http://secretariat.synod.va/content/sinodoamazonico/es/documentos/documento-final-de-la-asamblea-especial-del-sinodo-de-los-obispos.html>

Fuentes periodísticas y revistas especializadas

ADN Celam. (2026a, 17 de marzo). La VI Asamblea de la CEAMA arranca con un llamado a la paz y a profundizar la sinodalidad en la Amazonía. https://adn.celam.org/vi-asamblea-ceama-arranca-llamado_1_1446593.html

ADN Celam. (2026b, 18 de marzo). Asamblea de la CEAMA reúne a delegados amazónicos para avanzar en una Iglesia sinodal y con rostro territorial. <https://adn.celam.org/asamblea-de-la-ceama-reune-a-delegados-amazonicos-para-avanzar-en-una-iglesia-sinodal-y-con-rostro-territorial/>

ADN Celam. (2026c, 20 de marzo). Entre raíces y futuro: la CEAMA consolida su camino sinodal para una Iglesia amazónica viva. <https://adn.celam.org/entre-raices-y-futuro-la-ceama-consolida-su-camino-sinodal-para-una-iglesia-amazonica-viva/>

ADN Celam. (2026d, 18 de marzo). Pastoral Juvenil de la Región Andina motiva a un camino sinodal de esperanza. <https://adn.celam.org/pastoral-juvenil-de-la-region-andina-motiva-a-un-camino-sinodal-de-esperanza/>

Caldeira, J. (2026, 13 de marzo). Radiografía de la Iglesia Católica en la Amazonia: estructuras, misión y horizonte sinodal. Vatican News. <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2026-03/radiografia-de-la-iglesia-catolica-en-la-amazonia-ceama.html>

Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad. (2025, febrero 22). Ceama impulsa un Plan Apostólico Sinodal para responder a los desafíos pastorales y misioneros de la Amazonía. <https://observatoriosinodalidad.org/ceama-impulsa-un-plan-apostolico-sinodal-para-responder-a-los-desafios-pastorales-y-misioneros-de-la-amazonia/>

Revista Incidencias. (2025, agosto 25). La Amazonía clama: territorialidades vivas y pedagogías para la resistencia, la reconstitución de sentido y la esperanza. <https://www.revistaincidencias.com/articulos/la-amazona-clama-territorialidades->

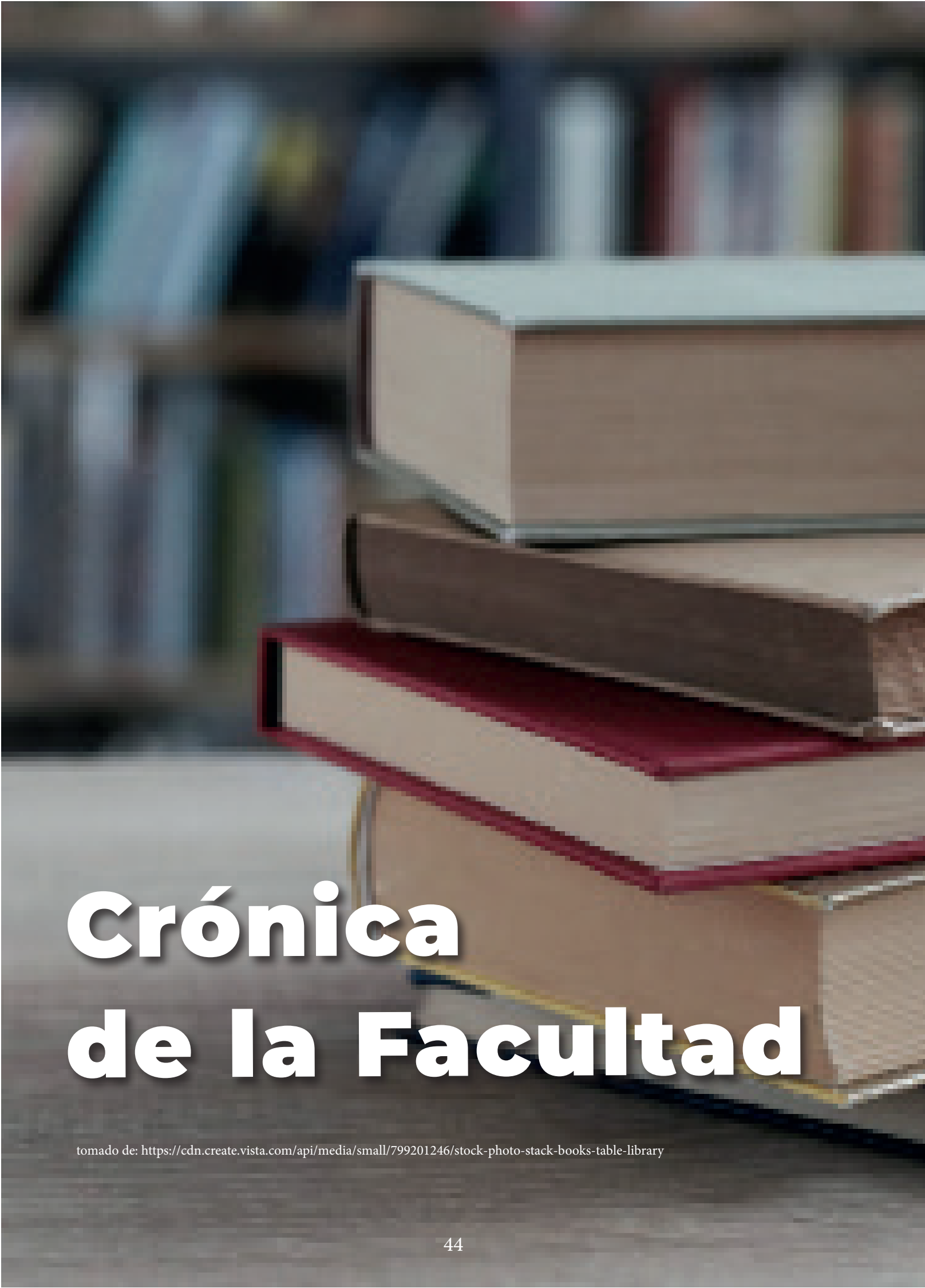
Vatican News. (2022, 19 de enero). Nuevo Seminario de los Vicariatos de la Amazonía peruana. <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2022-01/nuevo-seminario-de-los-vicariatos-de-la-amazonia-peruana.html>

Vatican News. (2026, 16 de marzo). Iglesia de la Amazonía se reúne en su VI Asamblea General de la CEAMA. <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2026-03/iglesia-de-la-amazonia-se-reune-en-su-vi-asamblea-general-ceama.html>

ZENIT. (2019, 31 de octubre). 10 propuestas clave en el documento final del Sinodo. <https://es.zenit.org/2019/10/31/10-propuestas-clave-en-el-documento-final-del-sinodo/>

Fuente primaria del autor

Raigozo, A. (2026, 17-18 de marzo). CEAMA: notas de la VI Asamblea General [Notas personales de observación participante]. Bogotá, Colombia.



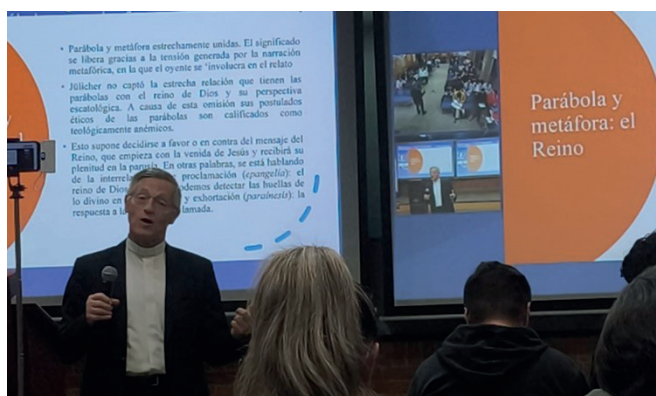
Crónica de la Facultad

tomado de: <https://cdn.create.vista.com/api/media/small/799201246/stock-photo-stack-books-table-library>

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

Lectio Inauguralis del programa de Ciencias Bíblicas Presencial

El programa de Ciencias Bíblicas, modalidad presencial, celebró el pasado 5 de marzo la Lectio Inauguralis titulada “Las parábolas ayer y hoy”. El conferencista invitado fue el Pbro. Dr. Bernardo Estrada, sacerdote del Opus Dei, experto en Nuevo Testamento. Con gracia, pedagogía y una fuerte argumentación metodológica, lingüística e investigativa, el P. Estrada abordó la parábola como género literario desde la tradición judía y la retórica griega, brindando claves precisas de interpretación de las parábolas del Nuevo Testamento. Estudiantes, docentes, egresados y público en general disfrutaron de una velada académica sustanciosa.



El 13 de marzo, se celebró en la ciudad de Medellín la Asamblea Ordinaria Semestral de TeoRed, con la Universidad Pontificia Bolivariana como institución anfitriona. La directora de los pregrados en Ciencias Bíblicas, la Mg. Juliana Triana, asistió al evento en mención como representante de la Facultad.

Cohorte de profesionalización en Ciencias Bíblicas

Por otro lado, el IBPL continúa con su vigor estratégico en la búsqueda permanente de alianzas que propendan por llevar la formación bíblica a entornos y comunidades que lo requieran. Es así como el 17 de marzo se inició la cohorte de profesionalización en Ciencias Bíblicas de un grupo de 50 pastores y laicos de la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia. Durante dos años este grupo estará recibiendo formación exegética de calidad, que permitirá cualificar su ministerio y el caminar en la fe de sus comunidades.

Asamblea Ordinaria Semestral de TeoRed



Unidad Eudista de Espiritualidad

Asociados eudistas viven la Cuaresma en clave internacional:

El pasado 14 de marzo se llevó a cabo el encuentro internacional virtual “Vivir la Cuaresma con san Juan Eudes”, dirigido a los asociados de la Congregación de Jesús y María, en un espacio de formación y espiritualidad. Dado el carácter internacional de la CJM este encuentro se realizó en cuatro idiomas: español, portugués, francés e inglés



Este carácter internacional permitió fortalecer la comunión entre los miembros de la familia eudista en distintos contextos culturales, en torno a la vivencia del tiempo cuaresmal.

Para esta ocasión, el padre Geovanny Colorado cjm, director de la Unidad Eudista de Espiritualidad, fue invitado a ofrecer la enseñanza central, orientando a los participantes en la comprensión de la Cuaresma desde la riqueza espiritual de san Juan Eudes. Este espacio favoreció una vivencia más profunda del camino de conversión, animado por la tradición eudista y su llamado a formar a Jesús en los corazones.

San José, modelo de esponsalidad y paternidad

En el contexto de la solemnidad de San José, el 19 de marzo se realizó una transmisión virtual titulada “San José, modelo feliz de esponsalidad y paternidad”, organizada por la Unidad Eudista de Espiritualidad. Este espacio formativo propuso una lectura bíblica en clave espiritual a partir de la figura de San José.



La reflexión, orientada por el P. Fidel Oñoro, partió de la figura de José, hijo de Jacob en el Antiguo Testamento, para comprender el valor de los sueños en la tradición bíblica. A partir de allí, se profundizó en los cuatro sueños de San José en el Evangelio de Mateo, mostrando cómo la noche, lugar de incertidumbre, se convierte en espacio iluminado por la Palabra de Dios. Este encuentro permitió redescubrir la figura de San

José como modelo de escucha, obediencia y entrega confiada, destacando su papel como esposo y padre en el misterio de la salvación.

Encarnación: una propuesta creativa para profundizar en la identidad eudista



En el marco de la Solemnidad de la Encarnación, celebrada el 25 de marzo, y de la conmemoración de la fundación de la Congregación de Jesús y María, la Unidad Eudista de Espiritualidad preparó una serie de materiales formativos orientados a fortalecer la identidad y la memoria histórica de la comunidad eudista.

Entre los recursos elaborados se destaca un subsidio en formato de infografía, que presenta de manera breve, clara y creativa la historia de la Congregación. Asimismo, se diseñó una pieza gráfica que resalta el valor espiritual de esta celebración en la vida y obra

de san Juan Eudes, permitiendo a los participantes re-descubrir el sentido profundo de la Encarnación en la espiritualidad eudista.

Un camino de oración para preparar la Semana Santa



El 28 de marzo se llevó a cabo el retiro espiritual virtual de preparación a la Semana Santa, titulado “Una pasión orante: del clamor a la entrega”. El ambiente de oración permitió a los participantes disponerse interiormente para vivir la Semana Mayor. El retiro propuso un recorrido por el camino interior de Jesús, desde el clamor en el dolor hasta la confianza plena en el abandono en manos del Padre. El encuentro se desarrolló en tres momentos. En la primera parte, el P. Fidel Oñoro cjm, profundizó en los Salmos de la Pasión, iluminando el sentido del sufrimiento orado. En la segunda, el P. Álvaro Duarte cjm, abordó la experiencia de orar en la tiniebla, a la luz del Getsemaní, como lugar de lucha y entrega. Finalmente, el P. Geovanny Colorado cjm,

orientó un taller de oración titulado “Afinar el corazón para vivir el misterio pascual”, invitando a los participantes a una experiencia personal de encuentro con Dios.



Este retiro ofreció un espacio privilegiado de interioridad y oración, ayudando a los asistentes a vivir la Semana Santa no solo como conmemoración litúrgica, sino como un verdadero camino espiritual de transformación y entrega.

Culmina el primer bootcamp del itinerario de formación eudista: Un acercamiento histórico para comprender la espiritualidad de san Juan Eudes

Finalizó el primer bootcamp del Itinerario de Formación en Espiritualidad Eudista, titulado “Panorama histórico del siglo XVII”, orientado por los padres eudistas Álvaro Duarte y Geovanny Colorado. Este espacio académico permitió a los participantes profundizar en el contexto histórico en el que surgió la espiritualidad eudista.

A lo largo del proceso formativo, los estudiantes fortalecieron sus conocimientos en torno a los aspectos sociales, políticos y religiosos del siglo XVII, lo que les permitió situar de manera más precisa la vida de san Juan Eudes y comprender mejor el contexto en el que se gestó su pensamiento y su propuesta espiritual.

Este primer bootcamp representa un paso significativo en la consolidación de un itinerario formativo estructurado, que busca ofrecer una comprensión más profunda, contextualizada y vivencial de la espiritualidad eudista.

Ya llega la Maestría en Espiritualidad: primera cohorte iniciará en agosto de 2026

La Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad (FEBIPE) continúa avanzando en el proceso de preparación y alistamiento de la Maestría en Espiritualidad, cuyo inicio de la primera cohorte está previsto para el 24 de agosto del presente año.

Este programa académico representa una apuesta innovadora por ofrecer una formación sólida y profunda en el ámbito de la espiritualidad cristiana, con un enfoque particular en la formación de maestros espirituales.

La maestría contará con un equipo de profesores altamente calificados, reconocidos como verdaderos maestros en espiritualidad, con amplia experiencia en formación, acompañamiento y vida espiritual.

Con este nuevo programa, la FEBIPE busca responder a los desafíos actuales en la formación espiritual, preparando profesionales capaces de acompañar procesos de crecimiento interior, discernimiento y maduración de la vida espiritual en diversos contextos eclesiales y sociales.

Centro de Pensamiento Rafael García Herreros

Investigación P. Rafael García Herreros, constructor de esperanza



El Centro de Pensamiento Rafael García Herreros adelantó el proyecto de investigación denominado: Rafael García herreros, constructor de esperanza. Este proyecto de investigación se propuso explorar la dimensión profética presente en la vida y praxis del P. Rafael García Herreros, reconociendo su figura como un eco contemporáneo de los profetas bíblicos y del profetismo de Jesús. En este momento el proyecto está en proceso de formalización ante la Dirección de Investigación de la Rectoría UNIMINUTO Virtual. Estamos en la fase de revisión del informe final y del texto que está proyectado para ser publicado como libro producto de investigación.

“Al abrigo de un Sueño”

El programa radial Al Abrigo de un Sueño se ha consolidado como un baluarte fundamental para la difusión del Pensamiento del P. Rafael García Herreros y el fortalecimiento de la identidad institucional. Es el único espacio de la parrilla programática de la emisora Minuto de Dios dedicado exclusivamente al legado del fundador de El Minuto de Dios.

Tras cuatro años de trayectoria ininterrumpida, el programa cumple una función informativa y actúa como un puente generacional que mantiene viva la

llama del pensamiento y la praxis del Fundador dentro de la Obra Minuto de Dios.

Colección académica garcíaherreriana

El Centro de Pensamiento Rafael García Herreros en conexión con la subdirección del Centro Editorial - Dirección de Investigaciones del Parque Científico de Innovación Social (PCIS) de UNIMINUTO - viene trabajando la creación de una Colección Académica. El objetivo es Establecer, formalizar y gestionar la Colección Académica Garcíaherreriana como el medio oficial de UNIMINUTO para la recolección, publicación, socialización y difusión de productos académicos resultado de investigación y reflexión que analizan con rigor y profundidad la Vida, Obra, Praxis y Pensamiento del P. Rafael García Herreros, garantizando su calidad académica e impacto intelectual. (Documento de trabajo).

La colección servirá como referente bibliográfico para investigadores, académicos, estudiantes y público en general interesados en el legado del fundador de la Obra Minuto de Dios, asegurando la calidad y la coherencia del discurso en relación con su figura, su impacto social, espiritual, pastoral, teológico, educativo y mediático.

Centro de Documentación Rafael García Herreros

El Centro de Documentación Rafael García Herreros recibió nuevas actualizaciones y se avanzó en las gestiones para incorporar un practicante del campo de la ingeniería que apoye técnicamente el desarrollo de los motores de búsqueda y consulta de dicho centro. Ya estamos en el proceso de selección para contratación de este practicante.



La incorporación de un practicante de ingeniería al proyecto del Centro de Documentación Rafael García Herreros es un apoyo técnico necesario para transformar un repositorio de información en una plataforma de investigación de alto impacto en la que el vasto legado del Fundador sea accesible, recuperable y útil digitalmente.

VI Simposio Cátedra Minuto de Dios: Universidad, Tecnología y Salud Mental

El pasado 12 de marzo de 2026, la virtualidad se transformó en un espacio de calidez humana y rigor académico durante la celebración del VI Simposio Internacional de Cátedra Minuto de Dios. Bajo el título "Universidad, Tecnología y Salud Mental", el evento cumplió con las expectativas, y sobrepasó los indicadores de participación, consolidándose como un hito para el Centro de Pensamiento Rafael García Herreiros y la comunidad de UNIMINUTO.



Con una asistencia nutrida y participativa que superó los 2000 participantes, entre los cuales se contaban los estudiantes y tutores de la CVMD de las modalidades Semestral y Distancia, quedó en evidencia que el tema de la salud mental no es una preocupación periférica, sino uno de los grandes temas de la experiencia educativa contemporánea.

VI Simposio Internacional de Cátedra Minuto de Dios dejó una hoja de ruta que puede ser de ayuda no sólo para UNIMINUTO, sino para que otras instituciones de educación superior puedan asumir el bienestar digital como una prioridad ética. De este seminario tendremos, en unos meses, la publicación de sus memorias.

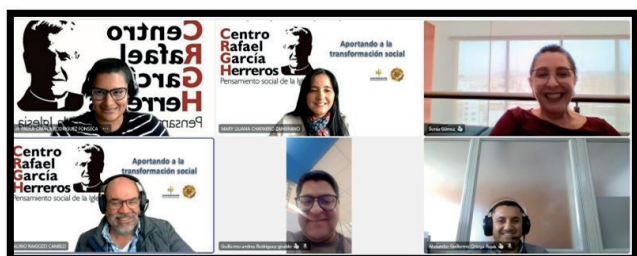
Educación con sentido social: resultados que inspiran

En el desarrollo académico del curso Cátedra Minuto de Dios para periodo cuatrimestral, la Cátedra continúa consolidándose como un espacio formativo de alto impacto. Durante el segundo corte, se evidenció un notable índice de aprobación del 90%, reflejo del compromiso tanto de los estudiantes como el acompañamiento de los tutores y su coordinación académica. Así mismo, en el periodo semestral, los resultados del primer corte también muestran un muy buen desempeño. En la modalidad presencial se alcanzó un 80% de aprobación, mientras que en la modalidad a distancia se obtuvo un 83%, cifras que evidencian la adaptación y efectividad de los procesos formativos del curso y se espera un mayor índice de aprobación al finalizar el semestre.

En cuanto a las electivas del componente Minuto de Dios que lidera el Centro de Pensamiento, los resultados fueron positivos: El curso Gestión y Transformación Territorial: Modelo Minuto de Dios alcanzó un índice de aprobación del 95%, mientras que: El curso El Poder de Transformar, Liderazgo en el Siglo XXI logró un 94%. Estos resultados reflejan el interés de los estudiantes y el fortalecimiento de competencias clave para la transformación social.

De esta manera, se continúa afianzando el proceso de difusión del pensamiento y la obra del Rafael García Herreros, cuya visión sigue inspirando procesos educativos orientados al liderazgo, la responsabilidad social y la construcción de comunidad.

Hacia el IV Seminario Internacional de Líderes en Pensamiento Social Cristiano



La construcción de un espacio de reflexión profunda no surge del azar, sino del compromiso sostenido.

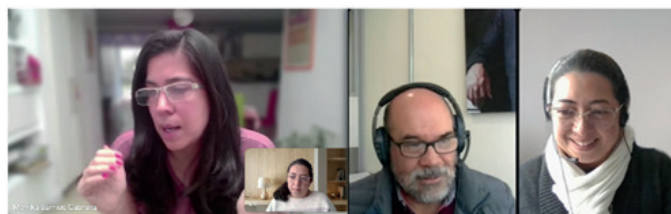
Durante varios meses, cada quince días, un equipo interdisciplinar de aliados se dio cita con un propósito claro: fortalecer la Opción Preferencial por los Pobres en el corazón de la Iglesia y la sociedad actual, aprovechando la reciente publicación de la exhortación apostólica *Dilexi Te* del Papa León XIV.

Bajo el liderazgo de UNIMINUTO, a través del Centro de Pensamiento Rafael García Herreros, se tejieron los hilos de una colaboración que unió diversas entidades. A esta mesa de trabajo virtual se sumaron diversas voces: la Dra. Sonia Gómez desde la Diócesis de Pasto, el P. Guillermo Rodríguez formador del Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Bogotá, el Dr. Alexander Ortega de la Universidad Mariana de Pasto (Nariño) y el P. Diego Meza de la Diócesis de Ipiales. Juntos, en siete sesiones de planeación, construimos para este IV Seminario un itinerario desde el horizonte de la justicia social.

El equipo definió una agenda que inicia el miércoles 15 de abril y que abordará cuatro ejes críticos: Trabajo y Dignificación Laboral, Educación, Inteligencia Artificial y Democracia. Cada sesión fue pensada para un público diverso, desde académicos y líderes polí-

ticos hasta los tutores de la Cátedra Minuto de Dios y agentes de pastoral, buscando que el Magisterio Eclesial sea una herramienta viva de transformación estructural.

Diplomado en asociación con la Academia de Liderazgo Democrático



Encuentro con la Dra. Mónica Barrios de la MOE

En asocio con la Academia de Liderazgo Democrático, el Centro de Pensamiento Rafael García Herreros viene trabajando en el diseño y organización del II Diplomado

Internacional de Liderazgo Político: conflicto armado y construcción de paz en Colombia.

En el marco de este proceso se ha hecho un primer contacto la Misión de Observación Electoral (MOE), abriendo posibilidades de colaboración, especialmente en un ejercicio de observación directa del proceso electoral colombiano actual, que haría parte de la propuesta del diplomado.

Asamblea Eclesial de la Amazonía 2026

Uno de los hitos más destacados de este mes fue la participación de la Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad en la VI Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) en calidad de facilitadores metodológicos, invitados por el Parque Científico de Innovación Social (PCIS) de UNIMINUTO.

Todo el equipo del Centro de Pensamiento Rafael García Herreros participó activamente en las diferentes mesas de discusión y plenarias.

Esta presencia institucional refuerza el compromiso de la universidad con los espacios eclesiales latinoamericanos.

La creación de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) representa un hito histórico para la Iglesia Católica en América Latina, ya que es el primer organismo episcopal con un carácter propiamente bioregional, nacido directamente de los frutos del Sínodo Amazónico de 2019.

Para la Iglesia, la Amazonía no es solo un territorio geográfico, sino un “lugar teológico” y un termómetro de la crisis socioambiental global; por ello, la CEAMA busca implementar - apoyándose en la propuesta del Papa Francisco - una ecología integral que integre la protección de la biodiversidad con la defensa de los derechos de los pueblos originarios.



Tomado de : <https://desdelafe.mx/noticias/iglesia-en-el-mundo/se-crea-la-conferencia-ecclesial-de-la-amazonia/>

Centro de Evangelización Fuego Nuevo

Apertura del Curso Pastoral de la Escucha – Nivel II

El pasado 5 de marzo se dio apertura al Curso Pastoral de la Escucha – Nivel II, con la participación de 29 estudiantes provenientes de diversos lugares de América Latina, entre ellos Colombia, Perú, México, Panamá y Venezuela.

Esta propuesta formativa está orientada a fortalecer las competencias de los agentes de pastoral en el ejercicio responsable del cuidado y la escucha, desde una fundamentación interdisciplinar que integra la psicología y la pastoral con criterios éticos y en coherencia con los diversos contextos eclesiales y sociales.

Este segundo nivel, ofrecido por el Centro de Evangelización Fuego Nuevo de la Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad, responde a la necesidad de cualificar el servicio de acompañamiento pastoral mediante el desarrollo de herramientas y habilidades que permitan brindar una atención segura, articulada y pertinente en parroquias, comunidades y movimientos laicales, en sintonía con los desafíos actuales de la misión evangelizadora.

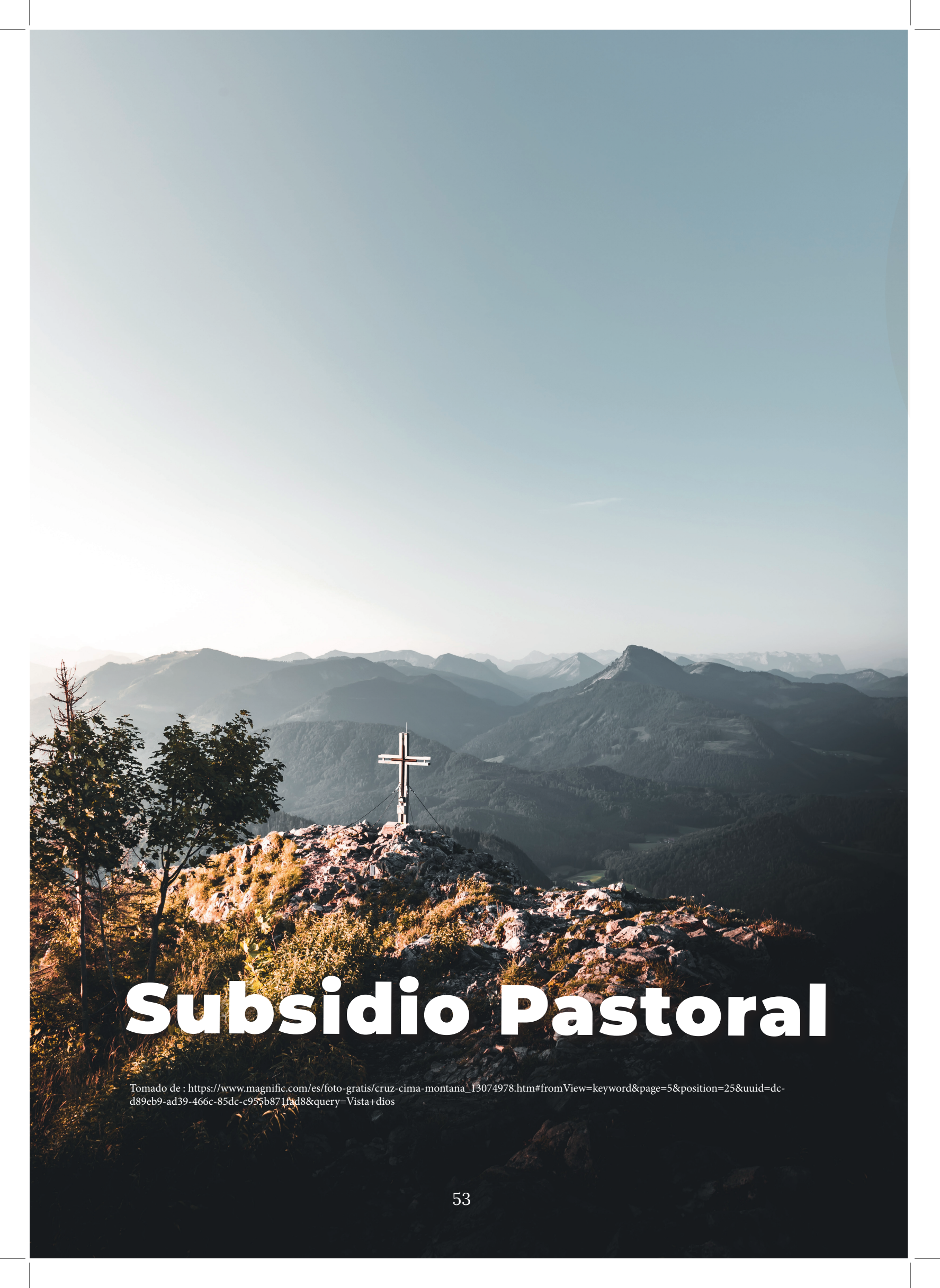
Apertura de la Maestría en Innovaciones Pastorales

El 25 de marzo se realizó la apertura oficial de la Maestría en Innovaciones Pastorales, iniciando su primera cohorte conformada por 39 estudiantes, en su mayoría colaboradores de UNIMINUTO provenientes de diversas sedes regionales del país.

Este programa académico representa una apuesta por el fortalecimiento de la acción evangelizadora de la Iglesia mediante la formación de agentes pastorales capaces de diseñar e implementar propuestas innovadoras que respondan a los desafíos contemporáneos de la Iglesia y la sociedad.

La diversidad territorial y profesional de los participantes refleja el compromiso institucional con una pastoral creativa, contextualizada y orientada al servicio de las comunidades, consolidando así un espacio formativo que promueve la reflexión crítica, el trabajo colaborativo y la renovación permanente de la misión evangelizadora.





Subsidio Pastoral

Tomado de : https://www.magnific.com/es/foto-gratis/cruz-cima-montana_13074978.htm#fromView=keyword&page=5&position=25&uuid=dc-d89eb9-ad39-466c-85dc-c955b871fad8&query=Vista+dios

Explicación de la Primera Lectura Dominical Marzo

Los profesores de la carrera Profesional en Ciencias Bíblicas del Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano nos ayudan a comprender mejor los textos bíblicos



Vocación y promesa de Abram
II Domingo de Cuaresma (Génesis 12, 1-4a)
1 de marzo de 2026 – Dr. Luis Gómez



Un Dios que ratifica su presencia amorosa
III Domingo de Cuaresma (Éxodo 17, 3-7)
8 de marzo de 2026 – Mg. Juliana Triana



Elegido según el corazón de Dios
IV Domingo de Cuaresma (1 Samuel 16, 1b. 6-7. 10-13a)
15 de marzo de 2026 – Dra. Elizabeth Rodríguez



Retornando a la esperanza
V Domingo de Cuaresma (Ezequiel 37, 12-14).
22 de marzo de 2026 – Mg. Lino Beltrán



El Siervo obediente y fiel: Un camino de entrega
Domingo de Ramos (Isaías 50, 4-7)
29 de marzo de 2026 – Mg. Jorge Carrero

FEBIPE

FACULTAD DE ESTUDIOS BÍBLICOS, PASTORALES Y DE ESPIRITUALIDAD



(+57) 315 348 9967



@FEBIPE



@FEBIPE.UNIMINUTO

<https://www.uniminuto.edu/febipe>



**EDUCAMOS
SIN FRONTERAS**
**TRANSFORMÁNDONOS
PARA EL FUTURO CON**
**CALIDAD
Y CALIDEZ**

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Virtual



FEBIPE

FACULTAD DE ESTUDIOS BÍBLICOS,
PASTORALES Y DE ESPIRITUALIDAD

*“El arte del acompañamiento
consiste en aprender a quitarse
las sandalias ante la tierra
sagrada del otro (Éxodo 3,5)”*

Papa León XIV



**100%
virtual**

¡Contáctanos!

programasvirtuales@uniminuto.edu



315 348 9967

— Insíbete: —



MAESTRÍA EN
ESPIRITUALIDAD

**NUEVO
programa**

PROFESIONAL EN CIENCIAS BÍBLICAS



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Virtual



SNIES: T18025 - Res. 0115-47 del 11/06/2025 - MEN - Vigencia: 7 años. El subsidio aplica sobre el valor completo de la matrícula. El valor de la matrícula para 2025 no incluye el costo de carnetización (\$39100). Aplican términos y condiciones. UNIMINUTO podrá modificar, suspender o cancelar el subsidio en cualquier momento y sin previo aviso. Apertura de programas sujeta a cupos. UNIMINUTO: Personería jurídica otorgada mediante Resolución 10345 del 1 de agosto de 1990 del MEN. Vigilado por el Ministerio de Educación Nacional.
www.uniminuto.edu



ABRIENDO CAMINOS

Marzo 2026

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada MinEduación

FEBIPE
FACULTAD DE ESTUDIOS BÍBLICOS,
PASTORALES Y DE ESPIRITUALIDAD